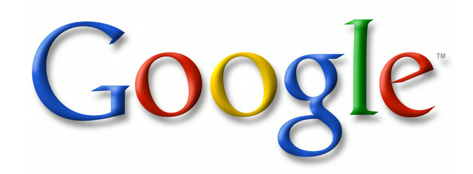



Rom
2290
88



LAS DOCTRINAS

DEL DOCTOR ILUMINADO

RAIMUNDO LULIO.

1270—1315.

POR

DON F. DE PAULA CANALEJAS.

MADRID: 1870.

IMPRENTA DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE CREDITO COMERCIAL.
CALLE DEL TRIBULETE NUM. 1.

I. (1)

EL ARTE LULIANO. (2)

Leyendo al P. Mtro. Feijoó, contradictor infatigable é incorregible de los lulianos, escitó mi curiosidad el cargo, muchas veces repetido por el virulento Benedictino, de que los discípulos de Lulio entendian era el estudio del Arte del Doctor Iluminado muy bastante para alcanzar el conocimiento de todas las ciencias, y no hay para qué de-

(1) Este bosquejo servia de Discurso Preliminar á una estensa monografía sobre la escuela Luliana, que me propuse escribir hace años y de cuyo proposito no he disistido, aunque las circunstancias me aconsejan aplazar su realizacion.

(2) Beati.

Raymundi Lulli—Doctoris illuminati—et martyris—operum.

Tomus I.

In quo continentur sequentes Tractus:

Ars magna et major seu ars compendiosa inveniendi veritatem.

cir cuánto regocija al P. Mtro. tal pretension, y cómo se burla del Arte y chancea á costa de los crédulos lulianos.

La presuncion denunciada por Feijoó era peregrina, no ya en el siglo XIII, sino en el XVIII y tuve desde luego empeño y vivísimo deseo de conocer esa fórmula suprema del saber, que, por altísima manera sin duda, declaraba todo lo inteligible. Pero á

Ars universalis seu lectura super artem compend. inveniendi verit.
Liber principiorum Theologiæ.
Liber principiorum Juris.
Liber principiorum Medicinæ.

Anno salutis Domini MDCCXXI.

Moguntiæ, ex officina typographica Mayeriana per Joaunem Georgium Haffner.

Tomus II.

In quo continentur sequentes Tractus.
Liber Gentilis et Tribus sapientibus.
Liber de Sancto-Spiritu.
Liber de quinque sapientibus.
Liber Mirandarum Demostrationum.
Liber de XIV Articulis Fidei.

Tomus III.

In quo continentur sequentes Tractus.
Introductoria Artis Demonstrativœ.

los primeros pasos, conocí era equivocado el juicio de Feijoó, y Salzinguer y Pascual me advirtieron, que el Arte Luliano no da el conocimiento especial y propio de las ciencias particulares, sino que es tejido de razones y predicados generales; y el mismo Lulio declara que lo general, en cuanto general, nada dice de lo especial; de donde vine á inducir, y me confirmé despues por el exá-

Ars demonstrativa.
Lectura super figuras Artis Demon.
Liber Chaos.
Compendium seu comentum. Art. Dem.
Ars inveniendi Particuloria in vnis.
Liber propositionum secundum Artem demonstrativam.

Tomus IV.

Qui est.

Pars, practica et usus—Tomus III seu artis demostrativœ—Sicut Tomus II est pars, practica et usus Tomns I—Seu artis compend. inveniendi veritatem. —Tractus qui continentur in hoc Tomus IV.

Liber exponens figuram elementalem Artis Demonstrativœ.

Regulæ introductoriæ in practicam Artis Demonstrativæ.

Questiones per Artem Demonstrativam seu inventivam solubiles.

Disputatio Eremitæ et Raymundi Lulli super aliquibus dubiis, questionibus sententiarum magistri Petri Lombardi.

Liber super Psalmum: quicunque vult. sive: Liber Tartari et Christiani.

men de Salzinguer, que este Arte Luliano solo contiene principios generales á todas las cosas y leyes para descubrir la verdad, lo que se alcanza por la aplicacion y contraccion de lo general á lo especial.

Animado por este primer desengaño, continué el exámen, parando mi atencion en los tratados de *Ascenso y Descenso* del entendimiento en el estudio de la verdad, y la so-

Disputatio fidelis et infidelis.
Liber, qui est: Disputatio Raymundi Christiani et Hamar Saraceni.
Disputatio fidei et intellectus.
Liber de Articulis fidei Sacrosantæ et Salutiferæ Legis Christianæ. Sive: Liber Apostrophæ.
Suplicatio Sacræ Theologiæ Professoribus ac Baccalauris Studi Parisiensis.
Liber convenientia fidei et intellectus in obiecto.
Liber demonstrat. per equiparantiam.
Liber facilis Scientiœ.
Liber de Novo modo Demostrandi. Sive: Ars prædicativa magnitudinis.

Tomus V.

In quo continentur.

Instrumentum Intellectivœ Potentiœ, *seu* ars Intellectivœ: *Id est*:
Ars inventiva veritatis.
Tabulœ generalis.
Brevis Practica Tabulœ generalis.
Lectura compendiosa Tabulœ generalis.
Lectura Artis inventiva et Tabulœ generalis.

---

licitó con mayor fuerza el leer la regla de suposicion en su *Arte inventiva*, en la que el Dr. Iluminado enseña, que lo primero que debe hacer el entendimiento es suponer posibles las dos partes contradictorias de la cuestion propuesta, y añade que la voluntad no debe inclinarse ni á una ni á otra, para que no se perturbe la serenidad que requiere el entendimiento, ni falte la indiferencia con que debe razonar, sin que, como dice Lulio, fie de lo que dijeron los filósofos, que estos, pensando acertar en todo, erraron en muchas cosas.

Tomus VI.

In quo continentur sequentes Tractus.

Ars amativa boni.
Arbor Philosofiæ amoris.
Flores amoris et Intelligentiæ.
Arbor Philosofiæ desideratæ.
Liber Proverbiorum.
Liber de Anima Rationali.
Liber Homine.
Liber de Prima et secunda intentione.
Liber de Deo et Jesu Christo.

Beati—Raymundi—Lulli—Doctoris illuminati—et —martyris. — Liber — magnus contemplationis in Deum—Palmæ majoricarum—anno MDCCXLVI—Typys.—Petri Antonii Capó, et Michaelis Amoros. Typogr.

Estos primeros rasgos bastan, sin duda, para interesar, como me interesaron á mí, creyendo explicar el desprecio de los críticos por algo desconocido y extemporáneo en su época, y que por esta causa no fué comprendido y debidamente ensalzado. Creció mi empeño cuando, despues de advertir esa duda Cartesiana en el siglo XIII, se me apareció su doctrina de los Schemas ó figuras que se encuentran en las obras del B. Lulio, bajo una ley unitaria y sintética, que es peregrina entre los filósofos de la Edad media, y que es la tendencia de las novísimas escuelas. Advertí asimismo en sus doctrinas cierto maridage y mezcla entre la Lógica y la Metafísica, que, á la par que una reminiscencia de Platon, era una protesta contra la enseñanza vana y puramente formal de los Escolásticos, y acabó, por último, de decidirme el ver que, de igual modo que los modernos, coloca Lulio como principio de la ciencia, la idea de Dios, y dá á la realidad y á la ciencia, como base, las esencias que están en su plena perfeccion en el Sér supremamente perfecto.

Advertidos estos rasgos de la concepcion luliana, esplicase fácilmente por qué no pudo ser comprendida tal doctrina en los siglos XIV y XV, y por qué en los XVII y XVIII fué difícil que Cartesianos y Gasendistas confesarán en el maltratado pensador mallorquin, una doctrina sintética, original y profunda, lo que repugnaba al criterio y tendencia de escuelas exhaustas de principios generales y unitarios.

Ya en su arte Cabalística habia notado Lulio que donde acaba la Filosofía de Platon comienza la ciencia, porque, repite con San Agustin, es la via de la sabiduría el conocer las cosas en sus principios por la luz de las ideas. Este es el método Luliano, porque los principios en que se funda su Arte, son las mismas perfecciones de Dios, que son las causas universales y los principios de todas las cosas, y son las ideas ó modelos á cuya semejanza hace Dios todas las cosas, y por estas mismas perfecciones mide y regula todo lo que es perceptible para nuestro entendimiento. Lulio enseña cómo cada máxima en que se funda el discurso se reduce á Dios como á

su idea, y sentada en Dios, aquella única verdad, se aplica á las demás cosas, y así, sirve lo divino para conocer claramente lo humano.

Y á la par que encontramos en Lulio estas doctrinas platónicas, como base de su ascenso del entendimiento, no desconoce la gradacion natural del conocimiento, de sensual á intelectual, pasando por varias oposiciones y contradicciones, que sirven á manera de escalas que convidan y atraen al entendimiento con irresistible encanto. El Arte de Lulio es una nueva lógica, distinta y muy superior, sin duda, á la Aristotélica, tal, por lo menos, como esta fué entendida durante el predominio de la escolástica.

¿En qué consiste esta superioridad? El Padre M. Feijóo, durante su reñida controversia con los lulianos, llegó á comprender que el Arte de Lulio era una nueva lógica con *algo de Metafísica*. Este *algo* de Metafísica que tiene la Lógica luliana, es la causa de su escelencia y el motivo principal del interés que hoy despierta su estudio, teniendo en cuenta que en estos tiempos, com-

baten los sectarios de las novísimas escuelas la lógica Aristotélica, sosteniendo la superioridad de su Lógica sobre la antigua, porque la novísima tiene *mucho* de Metafísica.

Para demostrar cumplidamente este aserto, previniendo toda sospecha de paradoja examinare los principios del Arte de Lulio. Es sabido, dicen los discípulos, de acuerdo con su iluminado maestro, que la principal materia de que se vale el entendimiento para el discurso, son los fundamentos ó principios, de los que se desprenden las conclusiones. Cada arte ó ciencia, si es perfecta, tiene principios que son en su esfera fundamento de las verdades que descubre; pero existe un arte ó ciencia universal y la materia de este arte son los principios universales. Estos principios universales, comunes á todas las ciencias y á todo lo existente, son en sentir de Lulio simples ó compuestos, entendiendo por simples los términos universales como *bondad, grandeza*, etc., y por compuestas las proposiciones universales formadas de dos, tres ó mas de aquellos principios que constituyen verdaderos axiomas. Lulio llama terminos á

los principios y condiciones á las proposiciones axiomáticas.

Estos términos universales como *bondad*, *verdad*, *poder*, etc. son perfecciones y atributos de Dios, y estos términos universales al ser afirmados lo son en toda su generalidad y universalidad. No en el sentido estrecho de la escuela, dice el P. Pascual en su *Vindiciæ Luliana* sino en una generalidad tal, que en el término sabiduría se comprende hasta el instinto y en el de gloria hasta el deleite natural. Y estos términos no solo se afirman en su generalidad, sino en su universalidad: no solo se afirmán de Dios, sino que secundariamente se afirman de las criaturas cuyas perfecciones son proporcionales á las de Dios, por lo que el Schema ó figura, que abraza todos estos términos representa el ente ó el sér universal.

Para demostrar esta teoría, razona Lulio de la siguiente manera. Siendo todas las criaturas efectos de Dios, tienen todas, segun su capacidad y órden natural, las semejanzas de las divinas perfecciones; porque Dios, como toda causa, produce su semejante en el efecto,

y lo produce por ende, semejante á sus perfecciones, en razon á que todas sus perfecciones son positivas, efectivas y productivas, puesto que todas son iguales en virtud, poder y grandeza. Robustece su argumento el iluminado Doctor con el texto del Génesis (I. 31) deduciendo que Dios no tuvo todas las cosas por buenas; sino porque vió en ellas la semejanza de las divinas perfecciones. Siendo buenas todas las cosas, esta bondad divina imprime en todas su semejanza, que consiste en una bondad creada por la que cada una, en el grado de ser que le compete, es buena, y lo mismo sucede con todas las demás perfecciones; que por ser como la bondad, infinitas y omnipotentes, en todas las criaturas han producido su proporcionada semejanza.

Gran absurdo seria, contínua el Iluminado, y gravísimos inconvenientes se seguirian de no producir Dios en sus criaturas sus semejanzas; porque Dios intenta en todo, ser conocido, y se dá á conocer por la semejanza que produce en el efecto, y sí solo la semejanza de una de las perfecciones se produjera en el efecto, seria evidente, que solo en aquella

perfeccion queria Dios ser conocido, y como la honra y el culto se arregla al conocimiento, resulta que solo estas perfecciones honraríamos en Dios, dejando las otras en lo desconocido. Resultaria que Dios escitaria nuestro cuidado para conocerle en una de sus perfecciones y seria respecto á las otras motivo y causa de nuestro descuido; y estas resultas que se siguen del absurdo propuesto, son contradictorias á la suma igualdad de las perfecciones, en grandeza y hermosura, que en Dios se encuentra.

De esta doctrina se infiere que los términos ó principios del Arte Luliano son universales, reales y necesarios; universales porque convienen á todo lo que tiene ser, á Dios y á lo creado; reales porque son atributos de Dios y de la criatura; necesarios porque sin ellos Dios no pudiera existir, y por consecuencia la criatura, en cuanto es una semejanza de Dios.

¿Pero estos atributos ó perfecciones de Dios que son los principios del sér, son los del conocer? Contestada afirmativa ó negativamente esta pregunta, nos encontramos ó en

la Lógica divorciada de la Metafísica y puramente formal de los siglos medios, ó en la Lógica real objètiva de las modernas escuelas. ¿Entrevió el solitario del monte Randa esta gran conquista de la ciencia? No solo Lulio sino todos sus discípulos los mas fieles y ortodoxos como Sebunde, Salzinguer y Pascual declaran, que los principios que pertenecen al sér son los de conocer el sér, porque perteneciendo realmente á Dios, en tanto puede haber en él algun predicado, en cuanto conviene con sus atributos ó perfecciones y de la misma manera en la criatura, porque como esta no tiene sér sino en cuanto participa é imita las divinas perfecciones, no le puede convenir ningun predicado, sino en cuanto convenga con la bondad, grandeza y demás perfecciones divinas de que participa. Y siendo estos atributos en los que mas inmediatamente participa el sér de Dios, la razon primera y el fundamento de todo predicado, pues todo el sér y la vida de la naturaleza no puede ser otra cosa que una participacion del sér y operacion ó vida divina, como todas las criaturas participan del sér de Dios, sí-

guese que sus perfecciones criadas, son el medio fundamental de conocer lo que compete á cada una.

Sea cualquiera el juicio que se forme de esta série de afirmaciones lulianas, no es posible desconocer su originalidad en el siglo XIII, así como el profundo presentimiento de la realidad y verdad de la ciencia fundada en Dios. La doctrina platónica de las ideas pudo dar á Lulio luz para su Arte, pero la teoría surge pura y viva del fondo del cristianismo popular Español, verdadera inspiracion y escuela del Doctor iluminado y mártir.

En el movimiento general de la razon y de la vida durante los siglos medios, pocas veces se siente la influencia pura del cristianismo: ya las doctrinas platónicas ó aristotélicas, ya las necesidades y propósitos históricos alteran esta clarísima y abundosa fuente y son causa de que se pierda ó distraiga la fuerza de la nueva idea. La doctrina referente á Dios y á sus relaciones con el mundo y con el hombre, que es la raíz y constituye la originalidad del cristianismo, pierde su fisonomía propia vistiendo el ropage de la Meta-

física neo-platónica y aristotélica, y definiéndose las mas veces negativamente, como censura de las múltiples heregías, que aparecen en las primeras centurias, y andando los siglos estas profundas y fundadísimas teorías, caen en el olvido eclipsadas por otras de organizacion y exaltacion de la Iglesia. En pocos escritores de la Edad media se descubre la pura y genuina influencia de la doctrina cristiana, y son muy contados los que patentizan el desarrollo y lógica aplicacion de las verdades cardinales que la Iglesia profesa. Scot—Erígena, San Anselmo y Raimundo Lulio son en mi juicio los doctores que espresan la vitalidad filosófica del cristianismo. La espresa el primero cuando escruta la teoría general del sér; San Anselmo al buscar el conocimiento de Dios bajo esta clave ontológica, pero Raimundo Lulio es el que abraza de una manera mas general la relacion entre el Creador y la criatura; este vínculo ontológico de causa á efecto, de participacion en el sér y en la vida de Dios, que combatía y desterraba los dualismos y las oposiciones del mundo pagano.

Pero no se limita en su Arte Raimundo Lulio á señalar las perfecciones ó principios del sér como principios del conocer, ni se detiene aun despues de esponer que esas mismas perfecciones son el criterio que dá toda certeza; sino que pasa á demostrar cómo esos simples y universales principios son eficacísimos para descubrir y conocer la verdad. Se alcanza este efecto por medio de las definiciones, las condiciones ó axiomas y por las reglas, que son como los principios universales, necesarias, reales y primitivas. Las definiciones en Lulio son todas *ex natura*, es decir, que basta que manifiesten alguna propiedad de la cosa definida siempre que esta propiedad convenga solo á la cosa que se trata de definir. Las definiciones de los principios son posibles porque se dan unas en órden á otros fines, y uno no puede ser sin el otro. Se verifica la verdad de la definicion reduciéndola á Dios, y como todos sabemos que Dios es un sér tan cumplido que nada mas real ni perfecto puede concebirse, si lo que se dice en la definicion de un principio noble y perfecto, conviene al principio en cuanto es-

te es atributo de Dios, la definicion es buena. Este criterio es aplicable á la criatura como al Creador.

Lulio presenta todas las definiciones de los principios ó de los términos, y es muy de notar cómo los define. *Bondad* es aquella razon por la que lo bueno obra lo bueno. Esta es la bondad en Dios; no es una potencia, es un acto incesante y contínuo, porque si no fuera razon de obrar lo bueno estaria ociosa —añade Lulio—y el ócio es defecto sumamente repugnante á Dios. *La grandeza es aquella razon por la que la bondad, la duracion y los demás principios son grandes*, de manera que comprende la grandeza toda la estension del sér, y por la grandeza cada cosa está cumplida en todo lo connatural á su sér, así que en tanto es grande en cuanto tiene el complemento de la perfeccion que le compete.

De la misma manera define la *duracion*, el *poder*, la *sabiduría* y la *voluntad*, que es aquella perfeccion de la que se origina la union de la bondad y grandeza y demás principios en el ser y obrar de las cosas. Define por los mismos modos la *verdad*, la *gloria*, la

diferencia, la *concordancia* y la *contrarieddd*, que consiste en la mútua resistencia con que diversas cosas se contraoponen á causa de los diferentes fines á que tienden ó miran. Siguen las definiciones del *principio*, *medio* y *fin* y las de las *mayoridad*, *igualdad* y *minoridad*, con lo que se completa el cuadro de las definiciones, que son en la lógica luliana raíz y criterio del razonamiento.

A los términos y sus definiciones, sucede en el estudio del Arte el de las condiciones que no son otra cosa.que las concordancias y combinaciones de los principios. Advertido que los principios se definen porque unos hacen relacion á otros, notada asimismo la combinacion de estos principios, engendrando nuevas perfecciones como la virtud respecto á las demás y la grandeza respecto á la duracion, es evidente que las nuevas combinaciones ahora indicadas, originarán condiciones segun las que los séres llegan á ser y segun las cuales pueden ser conocidos. La verdad de los principios que se formulen en estas condiciones se averiguará índagando si se verifican en Dios, y si en Dios se veri-

fican necesariamente, se verificarán tambien, guardando la debida proporcion, en todos los séres. Las condiciones se pueden formar de varios modos segnn que son diversos los respetos ó relaciones qne tienen entre si los principios, aunque sobre estos diferentes modos, como ley comun á todas las condiciones está la siguiente: «Todos los positivos concuerdan y convienen entre sí y contrarian y repugnan á los privativos, y á su vez los privativos concuerdan entre sí y repugnan á los positivos.» Esta condicion universal que establece el enlace y concatenacion de todos los séres se demuestra refiriéndola á Dios. Lógicamente se deduce de esta condicion la teoría de las proposiciones afirmativas y negativas que serán lo uno ú lo otro segun se atribuyan unos positivos á otros positivos ó se nieguen los positivos de los positivos.

Advierte Lulio y repiten todos sus discípulos que en esta materia, se evite al presentarse algunas de estas proposiciones universales, el querer desde luego imaginar su contenido, lo que es imposible, porque no

caben como principios trascendentes que son en la esfera de la imaginacion, y esto es fuente de error.

Como se alcanza, son innumerables las condiciones que pueden formarse con los términos propuestos, ya comparando dos, tres ó mas, ya colocando como sujeto al uno y al otro como predicado. Lulio presentó gran número de condiciones, pero no agotó la materia, porque son tantas como por la combinacion de los principios son innumerables y distintos los séres que se producen en diferente combinacion. Està es la creacion y esta es la ciencia. Dios bajo estas condiciones creó los séres, y bajo esta condicion los séres permanecenen el sér; el sábio bajo estas condiciones y por estas condiciones llega á conocer los séres, y conocerá más séres á medida que aumente el conocimiento de estas condiciones.

No es posible en los estrechos limites de este estudío, enumerar las *condiciones* de que se vale Raimundo Lulio: citaré no obstante, entre otras la condicion 40, de la figura T que es la siguiente: «La concordan-

cia es mayor en la mayor diferencia y menor en la menor diferencia;» la 69 que dice: «La obra del amor es mayor en aquel sujeto, en el que la perfeccion está mas distante de la imperfeccion.» «Cuanto mayor es la verdad tanto mayor poder de alcanzarla tiene la sabiduria» «Con la mayor diferencia de principios es más perfecto el órden de las cosas.»

Son varios en sentir de Lulio los métodos que pueden practicarse y ofrece por lo tanto en su Arte reglas adecuadas á cada uno de estos métodos. Las *reglas* son la última parte del Arte Luliano. Escusamos repetir que las *reglas* como las condiciones, los términos y definiciones en que se funda, son evidentes en los mismos fundamentos que las condiciones, y así como por las definiciones se demuestran las condiciones así por las condiciones se muestran las reglas. El *Arte compendioso de encontrar la verdad*, el *Arte cabalística*, el *Arte demostrativo* y otros muchos tratados del iluminado Doctor nos presentan un gran número de reglas.

Son estas reglas un resúmen del resultado de las condiciones; son, por decirlo así, la parte imperativa del Arte, en forma de preceptos y cuyos fundamentos se suponen ya conocidos en el estudio de las definiciones y condiciones. Como ejemplo citaremos la siguiente respecto á Dios. «De Dios siempre se ha de concluir aquello que manifieste ser sumo en todo y sumas sus dignidades en la mayor escelencia de ser y obrar.» «De Dios y su efecto se ha de concluir aquello por lo que se manifiesta que su efecto le es mas semejante, de suerte que las semejanzas de sus atributos se manifiesten mayores ó mas perfectas en el efecto.»

Si las anteriores reglas no son para olvidadas, no es menos importante la siguiente: «Para inquirir el ser ó no ser de las cosas se ha de concluir que aquello es, que concierne con la perfeccion y que no es lo que concuerda con el defecto.»

Para terminar este ligero bosquejo de la *Arte Luliana,* espondré como aplicaba Lulio *los términos*, las definiciones, las condiciones y las reglas á las materias particulares.

Parten desde luego los lulianos del supuesto de que siendo universales los principios y las condiciones, y siendo además reales en todo, se verifican segun su esencia y naturaleza en cada cosa. Dado este supuesto, Raimundo Lulio en su Arte inventivo (dist. 3.ª, regla 4.ª de contraccion) expone el método que debe seguirse y es el de contraer la especie al género y mediante esta al indivíduo, bajando de grado en grado por toda la categoría sustancial. Este procedimiento puede abreviarse pasando inmediatamente al término en que se hace la contraccion, dando por impuesta la contraccion en los términos superiores. De que los principios guardan entre sí proporcion é íntimo enlace deduce Lulio la teoría, que presta gran utilidad para la contraccion de las definiciones á los géneros y á los indivíduos.

Al esplicar como las *definiciones* se aplican, inquiere antes en su *Tabla general* (dist. 5.ª, parte 5.ª, tomo 5.° ed. de M.) si el género y especie son *entes reales*. No hay para que decir que Lulio se pronuncia clara y terminantemente en un sentido realista, y el

razonamiento que emplea bien merece recordarse. Siendo la duracion la razon por la que los demás principios duran ó permanecen en el sér, es necesario que la *razon* guarde proporcion con la grandeza de la sustancia, de manera que será mayor en la sustancia de mayor grandeza, y como la sustancia universal es mayor que la particular, la razon de durar será mayor en aquella que en esta. De donde se sigue, que el género y la especie no solo tienen realidad, sino que la tienen mayor que el indivíduo, como que este solo es real en la proporcion en que se encuentren en él los principios, ó sea la semejanza de los atributos divinos. Se confirma esta realidad de los universales por la *concordancia*, que es la razon que hace concordar los principios en una y muchas cosas. En virtud de este principio los varios séres del universo concuerdan con una unidad: la mayor unidad es una misma sustancia corpórea, de donde se sigue que deben tenerlo todos los cuerpos porque la *concordancia* concuerda con el sér y la mayor concordancia conviene con el mayor sér. Si no fuera la misma la sustancia corpórea rea

mente en los cuerpos, sino que solo fuera intencionalmente ó por puro concepto intelectual, su realidad tendria mayor concordancia segun el concepto que segun la realidad; en cuyo caso como realmente se distinguen los cuerpos, seria real la diferencia y no su concordancia, y como Dios haya producido por su diferencia y concordancia la concordancia y diferencia del universo, resultará mayor la divina diferencia que la concordancia, lo que repugna á la naturaleza divina.

Resuelta con este elevadísimo criterio la cuestion capital de los siglos medios y aun de los modernos, Raimundo Lulio continúa en la Tabla general citada, aplicando las definiciones á varios puntos, y así como por la *igualdad* resuelve que las potencias del alma racional son iguales en su sér y por la grandeza resuelve, que las potencias del alma racional son iguales en su sér y obra, por la *grandeza* misma concluye que las potencias del alma son esenciales y no accidentales. Basta lo dicho para entender como Lulio aplica las definiciones y es cuanto á las *condiciones* el modo seguido es el mismo. Por ejemplo, en

la citada *Tabla* propone la cuestion de si el hombre por su naturaleza tiene mayor poder para obrar bien que para obrar mal, y resuelve nobilísimamente fundado en la *condicion* que dice:—El poder es mas grande en la concordancia que en la contrariedad—y como las perfecciones naturales del hombre concuerdan con el poder y la bondad y repugnan al mal, se sigue que el poder del hombre es mayor para el bien que para el mal.

Idéntico es el método seguido en la aplicacion de las reglas, así cuando en el Arte demostrativo toca la doctrina de lo arbitrario en Dios, resuelve el tema en un sentido eminentemente cristiano y religioso aplicando la regla que dice: «De Dios no se ha de determinar lo que parece convenir con una sola perfeccion considerada absolutamente, sino lo que todas coordinadas piden y del modo que sea mayor su concordancia,» de manera, que si el poder considerado solo parece que puede cuanto podemos pensar, considerando el poder como una misma perfeccion con la bondad y grandeza, no es posible considerar acto

alguno de poder contra la bondad y grandeza ó que no concuerde con ella.

Como puede colegirse he elegido en estos ejemplos aquellos que espresan doctrinas, que á la vez sirven para dibujar la fisonomía intelectual del Doctor Iluminado declarando las escelencias y verdades que enriquecen el pensamiento de este oscuro ermitaño del siglo XIII. Raimundo Lulio dotado de sútil y perspícuo ingenio, deseando dar realidad y por lo tanto verdad á la ciencia, huye siempre de las varias fórmulas y de los atributos puramente imaginados que ya adulteraban el sentido religioso. Una intuicion poderosísima le hace comprender que solo Dios es principio y fuente de verdad filosófica como es principio, raíz y fuente de todo sér, y la grandeza de esta idea le lleva á proponer como causa del conocimiento los atributos reales y positivos del Sumo Sér, que contrayéndose por los grados dichos llegan á declarar la naturaleza de cuando aparece ante el humano entendimiento.

Repítase en buen hora la frase del canciller Bacon, digan que el Arte de R. Lulio es

arte de impostura, que en tanto que tal se diga, la ciencia moderna que ha rechazado las novedades baconianas, aceptará con respeto gran parte de las vigorosas intuiciones del filósofo popular y espontáneo del siglo XIII.

No desconocieron los discípulos de Raimundo Lulio la importancia de su Arte, ni tampoco se les ocultaron las diferencias que separaban la Lógica Luliana de la Lógica Aristotélica. Raimundo Lulio, en su Arte demostrativo (cap. I, núm. 7), dice que la Metafísica considera las cosas en cuanto son ente real, y la Lógica únicamente en cnanto son ente intencional, que es aquel sér que fabrica el alma racional y solo tiene sér en la misma, y su Arte como supremo no mira al ente en alguna de las espresadas diferencias, sino en lo que es comun y universal al que tiene sér fuera del alma y al que solo en ella lo tiene.

La Lógica Aristotélica en cuanto á los principios, no hace mas que afirmar consideraciones y reglas formales para concertar y tejer proposiciones con las cuales pueden construirse razonamientos; no tiene principio que pueda aplicarse á manifestar las propie-

dades del ente, á lo que tendia visiblemente el Arte Luliano con sus universales términos y sus universales proposiciones, dando así traza y abriendo caminos para hallar los principios propios de cada ciencia.

En la escuela luliana se consignan principios universales que, contrayéndose despues y especificándose, declaran lo que es propio de cada esencia, llevando en esta contraccion de uno á otro grado su evidencia como fundada en un primer término, cuya completa verdad se verifica en Dios. Esta contraccion y especificacion de los términos y condiciones generales hasta el indivíduo, establece órden y universal trabazon entre todas las ciencias, órden que, como decia el iluminado Doctor, responde á la proporcion y conexion con que Dios las produjo al crear los séres.

Estas consideraciones que encontramos, no solo en el Maestro sino en los discípulos, se repiten hoy al cabo de cinco siglos por los mas ilustres de los pensadores de nuestros tiempos. Así los discípulos de Hégel como los del ilustre Krause atacan y contradicen la lógica tradicional, con el mismo sentido y se-

ñalan como vacíos las faltas notadas por el filósofo español del siglo XIII. Los mismos pensadores tienden á formar la enciclopedia general de la ciencia, mostrando la ley interna que une y eslabona de grado en grado las diferentes partes de la ciencia ó sean las ciencias particulares y la ciencia general. Las escuelas mas respetables en el siglo XIX por su valor científico como la Luliana en el XIII afirman en Dios y en Dios encuentran el fundamento primero y universal de la ciencia.

No son estas meras aproximaciones y arbitrarias coincidencias y semejanzas inspiradas por un amor escesivo al nombre de Lulio: lo espuesto era ya muy bastante para justificar aquellos encarecimientos, pero el deseo de prevenir todo escrúpulo, me aconseja esponer, siguiendo al Beato Doctor, el carácter y la trascendencia que asignaba á su arte. No debe el Arte Luliano estimarse en el sentido restrictivo con que se consideraba la Lógica, sino latísimamente, por el todo comprensivo del método y del arte que emplea el hombre para hallar la verdad. Para descubrir la verdad, dice Lulio, deben aplicarse

los sentidos, porque siendo el hombre compuesto de alma y cuerpo, y estando el cuerpo dotado de sentidos, estos medios de conocer deben no tan solo servir para el alma, que es el fin del cuerpo, sino para el hombre, que es el fin de una y otro. Proceder de modo distinto seria suponer faltas de órden y coordinacion entre el cuerpo y el alma, así como el suponer que los sentidos sirven solo para la vida corporal seria suponer que existe recta coordinacion para el menor fin, que es el corporal, y que no existe para el mayor fin, cuya existencia declara la mayor grandeza del alma y del hombre. Contradictorio y absurdo seria suponer perfeccion en lo menor, negándola en lo mayor. Ya San Pablo dijo (E. cor. 3–22) que todas las cosas estaban ordenadas para el hombre y al hombre se dirigian, y es la razon segun Lulio, que uniéndose en el hombre la naturaleza espiritual y corporal, comprende todo lo creado y es su fin y perfeccion, como lo prueba el Génesis (II, 2). Y así como el hombre es fin y perfeccion de todo lo creado que encuentra en él su mayor concordancia, así del hombre lo es *Cristo*,

porque en Cristo se unen y comulgan la naturaleza creada y la increada, la finita y la infinita, y de Cristo lo es Dios, porque en Dios como en el archetipo tienen todas las cosas una infinita concordancia, unidad y participacion.

Si dada esta ley de relacion del mundo al hombre y del hombre á Dios, recordamos que el fin del hombre es entender y amar á Dios; si todas las cosas están ordenadas para el hombre, todas deben servir para este fin. Y así como Dios al crear al hombre le dió facultad para entenderlas y amarlas, todas las cosas pueden ser entendidas y amadas, sirviendo así para ascender desde su entendimiento y amor, al amor y entendimiento de Dios. Como las cosas son unas puramente sensibles, otras imaginables y otras puramente racionales, dotó Dios al hombre de potencia para que pudiera conocer todas las cosas, por distinta que fuera su naturaleza.

Prescindiendo de los razonamientos, por los que llega á estas conclusiones el filósofo mallorquin, la doctrina anterior no será rechazada por los modernos pensadores,

puesto que es lo que en sus obras palpita y luce. Completa Raimundo Lulio esta teoría apuntando que la percepcion ó el convencimiento tiene un valor de trascendencia, además de procurarnos el conocimiento del objeto, y consiste este valor en que, adquirido su conocimiento, hace posible la adquisicion de otro, y nos capacita para ese nuevo conocimiento, que sin él seria imposible; porque toda la naturaleza está dispuesta como en escala, desde la ínfima criatura hasta la suprema, y entre sí tienen todas las criaturas órden, proporcion y aun participacion, porque lo que hay en una, proporcionadamente está en otra. La diferencia que existe en los atributos de Dios, hizo diferentes á los séres; pero esta diversidad conduce á su hermosura, porque les da la participacion de todas entre sí, porque todas son espresion de sus actos, porque los produjo semejantes á El. Síguese de esta doctrina, que lo conocido en una criatura se ha de inferir proporcionadamente en la otra; así es que los sentidos deben aplicarse en el conocimiento de su esfera para que pueda pasar el entendimiento á des-

cubrir cosas proporcionadas en otras esferas, hasta llegar, por los términos intermedios, á lo intelectual y á Dios.

Pero no basta el ascenso indicado, segun Lulio; es preciso el descenso, para que el entendimiento, bajando de las superiores verdades á las inferiores, manifieste con mayor firmeza las halladas en el ascenso. Es la razon de esta mayor firmeza en el descenso, el que las cosas superiores en la escala natural, siendo mayores, tienen mayor aptitud para manifestar las menores, que no estas para descubrir aquellas. Pensar lo contrario seria suponer que las inferiores estaban mas ordenadas que las superiores. Además el entendimiento, que por el ascenso ha llegado á Dios, crece y se fortifica en su virtud intelectiva, se aclara y procede con mayor verdad en sus operaciones.

Reconocieron los teólogos que se han ocupado de este Arte, que todo el sistema está formado segun el Archetipo, que es Dios, porque el entendimiento imita, en cuanto le es posible, el modo de conocer de Dios y de los espíritus bienaventurados, y así como

Dios en su misma esencia se conoce á sí mismo todo y á todas las criaturas, y penetra todas las criaturas segun sus varios grados, órden y referencias, por sus propias razones, por lo que son hermosas en su armónica variedad, así esta Arte conduce al entendimiento humano, empezando á conocer todas las cosas en las mismas perfecciones divinas. Para este fin guia este Arte á conocer las criaturas, segun le pueden servir los sentidos y potencias inferiores, enseñando cómo se pasa de las sensuales á las intelectuales, y del ente finito al infinito, que es Dios, con cuya luz se enseña cómo ha de bajar á rectificar el conocimiento en todas las demás cosas, dándole completa certeza porque, como dice Pascual, así como Dios es la primera causa y orígen de todas las cosas, así es el primer indefectible fundamento para conocerlas.

Todos estos medios y todas estas consideraciones las presenta y propone Lulio en varios libros, y muy particularmente en el de *Ascenso* y *Descenso* del entendimiento. Su importancia, no es este el momento de enca-

recerla; solo repito que los mas afamados de los pensadores modernos sostienen y enseñan que existe en la ciéncia un doble procedimiento: uno analitico que asciende desde el hombre á Dios, otro sintético que verifica y funda lo visto en el análisis, y que desciende de Dios al hombre. Al aconsejar y proponer este ascenso, establece asimismo Lulio la escala natural de grado en grado, diciendo su razon y la de su enlace y encadenamiento.

Importantísima es en el Arte Luliano la cuestion de los *puntos trascendentes*. Entiéndese por punto trascendente el esceso que una potencia humana saca á otra, por lo que juzga mejor de su objeto que otra que no puede penetrarlo por ser inferior, y tambien consiste la trascendencia en que si la realidad de un objeto no puede ser comprendida por el entendimiento, le precisa á que juzgue de aquel objeto, levantándose sobre todas las demás potencias y aun sobre sí mismo. En la observacion de su objeto natural, por los sentidos, nos limitamos á percibir las propiedades esternas de color, dureza y demás formas de este, y el juicio se inclina á de-

cidir solo por estas perfecciones, y no lo hace porque aparece el punto de trascendencia que reside en el entendimiento, y conoce que no puede haber accidente sin sustancia, y desde este instante entra en otra esfera de conocimiento para completar el del objeto material que habia comenzado.

La segunda manera de trascendencia es mas difícil de comprender segun Lulio y sus discípulos la esplican con ejemplos. Cuando investigamos díce uno de ellos, la causa de esta mayor dificultad es que el entendimiento ha de olvidarse de sí escediéndose á sí mismo. Segun Lulio, el entendimiento aplica sus usos y formas propias á todo objeto cuyos atributos y condiciones trata de indagar. Así en el estudio del Angel y aun de Dios, juzga del entendimiento angélico y de los atributos divinos segun su propio entendimiento y segun sus condiciones y facultades. Este antropomorfismo nace de no conocer ó de no dar la debida importancia á esta segunda manera de trascendencia. El entendimiento humano al intentar conocer cualquier sér á él superior, en el momento

mismo que se propone tal estudio, concibe su superioridad y una vez conocida, aunque sea instintiva y oscuramente, no puede aplicar á tal estudio conceptos propios de las facultades y de la naturaleza humana. Esta nocion instintiva es la aparicion de la segunda manera de trascendencia. Hay *trascendencia* porqne el entendimiento, segun Lulio, no está fundado solo en máximas que penetran los sentidos y que la esperiencia demuestra; sino en otras de mayor perfeccion que no son demostradas ni por el sentido ni por la esperiencia.

Sin esta segunda manera de trascendencia el connocimiento de Dios es imposible. Así al considerar las perfecciones de Dios se creen distintas; pero como sabe el entendimiento que una de ellas es el ser infinito, las juzga entonces indistintas. Si mira la presciencia, sabiduría y bondad divinas, juzga que los hombres todos se salvarán; pero atiende déspues á la justicia y cree que solo son meritorias las acciones hechas con libertad, de donde se sigue que camina el entendimiento entre contradiciones. Estas contra-

dicciones cesan en el momento en que trasciende á la idea de Dios, y concibe, gracias á ella y en ella, la suma igualdad de sus perfecciones que son necesariamente iguales, afirmándose esta igualdad en cualquiera de las reducciones á una sola perfeccion. No hacerlo así seria afirmar la desigualdad y diferencia en las esencias de Dios, lo que es imposible conocida su unidad.

No quiero establecer comparaciones, entre este segundo modo de trascendencia luliana y la intuicion que algunas escuelas modernas esplican y ensalzan. Este segundo modo de trascendiencia es un principio místico en Lulio, de orígen platónico, que andando los tiempos se ha de amplificar y hermosear por los místicos españoles del siglo XVI; porque adelanto desde luego mi profunda conviccion, de que Lulio es la raíz y la fuente viva de ese misticismo platónico-cristiano que reverdece sin cesar en la historia del pensamiento español y que reviste forma completa en manos de Granada y Teresa de Jesus.

II.

SU ENCICLOPEDIA.—SU TEOLOGIA.

Los tratados de R. Lulio y las diferentes ciencias particulares que fueron objeto de sus libros, no son otra cosa que ampliaciones de los principios consignados en el Arte. No existe en Lulio el órden y gradaccion de tratados que aparecen en los filósofos escolásticos, ni las cuestiones se tratan de la manera y en el órden con que se dilucidan muy en particular en la escuela Aristotélica seguida por Santo Tomás de Aquino y por Duns Scot. De aquí la dificultad de la inteligencia de la doctrina luliana, que advirtieron los críticos del siglo pasado. No se comprendió el plan general; la arquitectónica de la ciencia luliana no se sospechó; no se siguió el enlace y trabazon de la ciencia universal con las ciencias particulares, y faltos de este punto de vista los numerosisimos opúsculos del doctor Iluminado, no fueron otra cosa que una confusa y laberíntica masa de disertacio-

nes particulares, de dificil comprension y por lo tanto de dificilísimo juicio.

Pero aun hoy que se comprende el pensamiento histórico, la concepcion de la ciencia en toda su universalidad y realidad, que sirvió de punto de partida á Lulio, no es hacedero, el esponer bajo esta idea la doctrina dispersa en sus obras, porque muchas de ellas nos son desconocidas, puesto que como indicaba Salzinguer (1) otros diez infolios á mas de los publicados, no bastaban para formar una edicion completa de los escritos de R. Lulio. Sin embargo, al paso que se manejen las obras del ilustre pensador, se comprende que la base y fundamento de todos sus escritos, la obra que declara su original concepcion es el Arte compendioso de hallar la verdad. *(Ars magna et maior seu ars compendiosa inveniendi veritatem)*. La ciencia universal y general, la que comprende los términos todos, que son los prin-

(1) Confieso que de la edicion de Maguncia no he podido ver sino ocho tomos, á saber: los seis primeros y el 9.° y el 10. Es obra rarísima ya y sospecho que el 7.° y el 8.° no se llegaron á imprimir.

cipios generales, la que contiene las leyes y los principios de las ciencias particulares, se encuentra expuesta en este libro, que es comentado y declarado por el que intitula: «Lectura ó Arte Universal.» (Ars universalis seu lectura super artem compend. inveniendi, veritatem). Espuesta la doctrina general en los libros citados, síguese en Lulio el *Arte demostratívo*, con su *Introductorio*, su *lectura* y sus compendios, que presentan los medios y manera de las reglas de contraer, ó aplican los principios y las leyes ó sean las definiciones y las condiciones, y que pudiéramos llamar lógicas particulares, y á cuyo encarecimiento sirve el *Arte de encontrar los particulares en los generales* y el *Arte inventivo* con su *lectura* y *Tabla general del Arte.* Del estudio de estas artes se desprenden las reglas del *Arte general última*, y del *Arte cabalístico.* Si se altera el órden de estudio de estas partes del Arte de Raimundo Lulio, será sumamente difícil comprender su pensamiento, puesto que aparecerá como puras combinaciones de palabras, lo que en el *Ars magna* aparece como

relacion y compenetracion de los atributos reales de Dios.

A cada uno de estos momentos teóricos corresponde en Lulio, una série de libros de esplicacion: asi despues de haber espuesto en el *Ars Magna* los principios generales coloca como aplicaciones cuatro libros intitulados *Principios de la Teología*, *Principios de la Filosofía, Principios de la Jurisprudencia* y *Principios de la Medicina*, en cuyos libros deduce de los términos ó principios generales del *Arte Magna* los particulares á cada una de estas ciencias. Como esplicacion del *Arte demostrativo* coloca el famoso libro de las *Questiones sobre el Mtro de las sentencias*, y como aplicacion del Arte el Arbol, de la Teología y la Filosofia, aquella considerando el ente sobrenatural, esta considerando el ente natural, y como no solo el ente sino la fuerza, al obrar debe ser conocido y estudiado bajo un criterio de rectitud ó perfeccion, la *Medicina* estudia la rectitud de las operaciones materiales, que se llama sanidad, y la Jurisprudencia se emplea en manifestar la rectitud de las operaciones morales que se llama *Justicia.*

Contrayéndonos á la filosofía, la divide Lulio en el *trivium* de Gramática, Lógica y Retórica, y en el cuadrivium de Aritmética, Música, Geometría y Astronomía. La Gramática es el arte de *significar*; la Retórica de *persuadir*; la Aritmética de *numerar*; la Música de *concordar*; la Geometría de *medir*; la Astronomía de *mover*, y la Lógica de *demostrar*. Cada una de estas partes se divide en diez especies ó modos, que espresan su naturaleza y todas sus relaciones y aplicaciones. Los modos ó especies son los siguientes: universal, particular, natural, artificial, real, intencional, sustancial, accidental, intelectual y sensual. Cada una de estas artes, tiene además de las leyes generales que en ella se verifican, métodos especiales para espresar su contenido, y todas concurren implícita ó esplícitamente á la espresion de la realidad entera como partes armónicas de un todo orgánico. Así la Gramática da las significaciones naturales, reales y sustanciales de los principios ó materia de que trata; la Aritmética las sumas por la adicion de positivos y negativos, la Música, las armonías concor-

dando positivos y privativos respectivamente, la Geometría, las medidas proporcionándolas; la Astronomía la circulacion de unos cuerpos á otros por el movimiento proporcionado, y la Lógica convence con sus demostraciones, y persuade la Retórica. Por todas estas partes de la Filosofía y por la Filosofía universal, ó sea la Metafísica, asciende ó desciende el entendimiento ayudando con el resultado alcanzado en una la indagacion que comienza en otra y consigue ver la aplicacion viva y real del vasto cuadro que en el Ars magna, se le habia mostrado en toda su generalidad y universalidad, y encüentra en la Filosofía como en la Jurisprudencia y Medicina, la certeza porque descansa la certeza en lo evidente de los atributos divinos, que son el fundamento del conocer, como son la razon del ser.

En ninguno de los filósofos del siglo XIII encontramos un ensayo de enciclopedia orgánica y sistemática superior al que nos ofrece R. Lulio. No hay para que traer á la memoria á Alberto el Magno, porque este discreto doctor al terminar su Comentario sobre la

Metafísica, es decir, sobre la ciencia primera entre todas las ciencias, nos dice que nada espuso segun sus propias opiniones sino segun las doctrinas peripatéticas. Santo Tomás de Aquino afirma que la ciencia de lo inteligible es ley y regla de las demás ciencias; pero este principio es infecundo en manos del ángel de la antigua escuela, porque lo esteriliza la oposicion entre lo inteligible y lo inteligente, entre lo conocido y el que conoce cuya antinomia príva á Santo Tomás de todo principio primero y de toda soberana afirmacion, á pesar de que en su doctrina sobre Dios, toca repetidas veces en tésis grandemente provechosas para el caso. El temor al panteismo de Averroes, es causa de que desconfie de toda idea general y huya de considerar toda relacion interna entre Dios, el mundo y el hombre. Por esta razon en la más metódica de sus obras, en la Summa Teológica, construye la ciencia arbitrariamente sin intentar siquiera reconocer las relaciones y dependencias de las ciencias porque nunca se propuso ni intentó esponer la ley general, que rige en todo sér y en toda

existencia. Santo Tomás no hace otra cosa en una y otra Summa que enumerar las quinientas cuestiones que en todos los ramos y esferas de la ciencia católica podrian suscitarse: presenta los argumentos contrarios, sus respuestas y los fundamentos de sus contestaciones, ya repitiendo la tradicional argumentacion con discursos y comentos, ya aumentando el estudio con nuevo razonar. El gran monumento levantado por el Doctor Angélico, es una obra eminentemente polémica. Era preciso consagrar la victoria conseguida sobre los hereges y el vencimiento de tenaces discípulos de Avicena y Averroes, azotes de la ciencia católica en los siglos medios; era necesario mostrar la superioridad de la ciencia católica sobre todas las dudas, vacilaciones y errores de los contemporáneos, pero Santo Tomás no acometió la esposicion general y ordenada de la ciencia, y esto era lo que en poderosísima intuicion vió resplandecer Raimundo Lulio y lo que quiso revelar de un modo sencillo y en estremo perceptible el Doctor popular de los siglos medios.

Señalada esta diferencia entre el Doctor

Angélico y el Doctor iluminado no sorprenderá que aquel en vez de seguir el gran método filosófico, el deductivo, se entre por los caminos del análisis y bajo el criterio aristotélico estreme en sus cuestiones la sutilísima variedad de su ingenio y su vasta y bien dirigida lectura. Santo Tomás continúa la tradicion de la edad media: Abelardo la siguió en el Sic y el Non, Pedro Lombardo la aplicó á todo estudio y á toda aplicacion y antes y despues Alberto el Grande. Enrique de Gante, Duns-Scoto la emplearon viciando el conocimiento é impeliendo la indagacion al vacío del nominalismo y de la logomachia. Si se distingue Santo Tomás de Aquino, es porque, como él dice en su proemio á la Summa de Teología, introdujo mayor órden en la sucesion de las cuestiones, evitó redundancias, y omitió argumentos fútiles que dificultaban la inteligencia y comprension de los libros de sus predecesores.

Pero si en el método y en la arquitectónica de la ciencia saca ventaja Lulio á sus contemporáneos, no es menos marcada la que consigue al estudiar el problema capital de

aquella edad; es decir, las relaciones entre la fé y la razon que tanto y tan noblemente vuela el espíritu de Lulio en este punto, que añade á su valor histórico correlativo á su edad y á sus contemporáneos, otro universal é imperecedero que la ciencia señalará siempre con agradecido respeto. Hoy los escritores mas autorizados se complacen en estudiar la tendencia serena, clarísima y profunda del Doctor Iluminado y su doctrina acerca de las relaciones entre la razon y la fé recuerdan controversias contemporáneas y traen á la memoria los nombres de teólogos afamados y de prelados respetabilísimos de nuestros dias.

Como á todos los doctores de los siglos medios, preocupó á Lulio este interesantísimo problema. La Teología, decia, se ocupa del sér sobrenatural; estudia el dogma religioso; es decir, todo aquello que es superior y cuyos atributos están fuera del órden y ley natural, y cuyos fundamentos tampoco se encuentran en lo particular ní se ven en todo lo creado. Santo Tomás de Aquino concebia de idéntica manera la Teología, añadiendo que

es utilísima la Filosofía para el estudio teológico, porque por razon natural conocemos los primeros fundamentos de la verdad. La Teología contiene ciertas verdades para cuyo convencimiento no basta la razon natural y por eso es preciso la fé, que acrecentando las fuerzas de la razon, remedia sus miserias y la completa y corona.

La fé, segun Santo Tomás, no contradice á la razon, hijas ambas de Dios: existe entre ellas la mas perfecta armonía, así la Filosofía puede tratar y trata de hecho cuestiones teológicas; aunque las trata de una manera puramente racional, y los resultados así obtenidos se completan y fundan despues por la fé. La Filosofía no puede demostrar las verdades de la fé, pero consigue esclarecerlas á los ojos humanos y aprovecha para su defensa contra los impíos. Pero la Filosofía, segun Santo Tomás, al considerar las criaturas, la considera solo en sí misma y solo por la razon natural investiga sus cualidades, y dado este conocimiento funda en ellos razonamientos que le llevan al conocimiento de Dios. La Teología es por lo tanto superior á la Filo-

sofia por su objeto, por la irrefragrable certeza de sus proposiciones, y por la escelencia práctica de sus frutos, que son la eterna beatitud.

Cierto es asimismo que Santo Tomás no permanece fiel á esta doctrina; que llevado por la tendencia racionalista del siglo intentó en varias ocasiones no esclarecer sino demostrar principios de fé como sucede por ejemplo en la Trinidad; pero prescindiendo de estas tentativas racionalistas de la Summa contra gentiles la doctrina del ilustre Dominico es la que llevamos apuntada.

Nuestro Lulio deja muy atrás al Angélico Doctor en esa tendencia. Quizá sea una de las causas de esta tendencia el empeño que preocupó durante su laboriosa existencia al antiguo Senescal de la corona de Aragon. El pensador que concibió y llevó á cabo gigantescos trabajos para consumar la cristiana empresa de reunir en una misma creencia á todos los humanos; el que consagra su vida á tan sublime empeño, consagra asimismo su ciencia al mismo fin. Era preciso para el logro de tan alto objeto superar y vencer obstáculos y

empeños innumerables; y R. Lulio venció y traspasó cuantos se oponian á su pensamiento. Como primer punto era preciso sobreponerse al estado de la ciencia europea en su siglo; desnudar á la ciencia de la gran balumba de cuestiones, distinciones y sutilezas lógicas y metafísicas, sacarlas del círculo peripatético en que la habian encerrado los escritores árabes primero, y despues Alberto y sus discípulos, y sobre todo fundarla en principios evidentes, y en intuiciones claras á la razon natural y cuya comprension no supusiera necesariamente, la inteligencia y asídua lectura de los libros de Aristóteles y de sus comentadores; principios que fundados en una verdad primera y consentida universalmente, llevaran en sí los caractéres de evidencia y universalidad.

No habia de ser esta ciencia alambicada y sútil disquisicion que solo pudiera ser gustada de los doctores reunidos en la Sorbona ó en las demás escuelas; sino que debia ser ciencia apta para la plaza pública; que atrajese no solo al entendimiento sino á todas las demás facultades humanas, porque todas ayu-

darán á demostrar la verdad cuyo triunfo se apetecia.

Estas cualidades debian adornar á la doctrina luliana, si habia de servir al fin indicado y dadas estas cualidades se desprenden de tal doctrina muy curiosas singularidades. No se encuentra en los libros de Lulio el menor rastro de erudicion ni antigua ni moderna; y ya hemos visto cuan profunda es la desemejanza de esta Filosofía española del siglo XIII, de la francesa é italiana. De igual manera consecuente con su propósito Lulio, se desata de los lazos de la especulacion contemporánea; menosprecia puntos que en la escuela eran muy controvertidos; suscita otros nuevos, cambia de método y subordina á un fin práctico relacionándola con la vida, la ciencia que enseña. Esta realidad, este fin y carácter popular que intenta dar á sus teorías Lulio, le salva de esa tendencia idealista que roba á la ciencia toda importancia privándola de toda influencia en la vida y en la sociedad. Raimundo Lulio quiere que su *Arte* sirva para afirmar en la fé católica á los vacilantes; para disuadir á los heréticos, pa-

ra atraer á los paganos, y para que todos honren y amen á Dios, que este y no otro es el fin del hombre y por lo tanto el objeto de la ciencia.

Bajo este pensamiento y con este objeto meditó y compuso sus libros el solitario del monte Randa, y una vez convencido de la verdad de su ciencia, comienza sus peregrinaciones para demostrar su eficacia así en las cátedras de la Sorbona al sútil Scoto, como en las inhospitalarias playas africanas. ¿De qué servirian ante los incrédulos, los herejes y los mahometanos, los argumentos puramente teológicos basados en la autoridad de la Teología ó en la infalibilidad de los libros sagrados? Los mabometanos y los herejes desconocerian aquella autoridad y esta santidad y los razonamientos no llegarian nunca á producir fruto. ¿De qué serviria exaltar y enaltecer la fé, si la fé no es materia de argumentacion y en tales contradictores no puede ser anterior el convencimiento en puntos tan trascendentales como la existencia y la unidad de Dios?

Lo que servía de base al Doctor Angélico

no convenia al propósito del Doctor Iluminado, por lo que este se apoya y descansa únicamente en la razon humana. Para convencer y convertir, para desarraigar el error mahometano ó judáico, no existe otro medio que el uso y el ejercicio de la razon humana; y aceptando Lulio esta condicion que le imponia la índole de su proyecto, quiso demostrar la verdad en toda su plenitud, tanto natural como sobrenatural, por medio del discurso de la razon humana. Los principios de la ciencia natural ó racional y los principios de la teología se confunden: marchan unidos; están hermanados; se demuestran los unos por los otros, y las verdades racionales del mismo modo que los dogmas, se esplican y conocen por los *términos, definiciones y candiciones* que son los elementos del Arte Luliano. La ciencia universal y primera; la que estudia los principios y las leyes (los términos y las condiciones) es á la vez Teología y Filosofía. Es Teología porque es la ciencia que se ocupa de Dios, y es Filosofía porque conoce á Dios y sus perfecciones por medio de la razon humana. La Filosofía en su parte

mas alta es Metafísica y se ocupa del *Ente* en toda su universal generalidad, y allí descubre el Sumo Ser que es Dios, objeto de la Teología.

Compréndese desde luego que no podia ser de otra suerte admitido el principio de la unidad y fundamento de la ciencia en Dios. ¿Cómo de otra manera conciliar las diferentes esferas de la inteligencia y de lo supra inteligible cuando el principio del conocer es Dios, y son divinas las leyes del conocimiento, y el hombre está creado y dispuesto para conocerlas, y todo es porque Dios es, y porque Dios es, es conocido? Es evidente que no existen en el conocimiento regiones ocultasni veladas para el hombre, que ha sido creado por Dios para conocerle y para amarle. ¿Pero podemos conocer la existencia de lo supra-inteligible? ¿Lo supra-inteligible es ó no término ó ley divina? Si es término ó ley (condicion) está comprendido en la teoría de los términos que abraza todos los atributos ó pefecciones de Dios, y puede por lo tanto ser conocido; sino es término ni condicion, no tiene fundamento en Dios, y ha de ser supe-

rior ó inferior á Dios, y como superior no puede ser, porque Dios es el sér único y supremo, será inferior, en cuyo caso es consecuencia de sus atributos y perfecciones y como estas pueden sér y son conocidas, con mayor fundamento podrán serlo sus consecuencias, que mucho mas fácil y hacedero es conocer las consecuencias que no los principios de que se derivan.

Descúbrese por lo tanto en Raimundo Lulio el mas espontáneo y vigoroso esfuerzo de la razon humana para la esplicacion de los dogmas católicos en la Edad media; la mas noble y cristiana de las diferentes tentativas que se han hecho para esclarecer por medio de la razon las profundidades del dogma.

No sorprenda por lo tanto que aquello que no alcanzaron la estension y generalidad de la doctrina luliana, los teólogos que no acertaban á relacionar la Teología natural con la dogmática, acusáran á Lulio de herege, y tampoco nos sorprende que cuando los discípulos de Scoto esterilizaron con su logomachia la tendencia racionalista de Alberto y Santo Tomás, encontraran eco esas acu-

saciones de heregía que hoy quizá se repitieran.

De las cien proposiciones entresacadas de las obras de Lulio para alcanzar del Pontífice su condenacion como heréticas, se destacan en último término como las mas graves (art. 96, 97, 98) las referentes á este gravísimo punto.

El filósofo español cree que los artículos de la fé, los sacramentos y hasta la potestad pontificia, pueden probarse por razones necesarias, demostrativas y evidentes. No obsta esta creencia á que anteponga Lulio la fé á la razon que está la fé sobre la razon *como el aceite sobre el agua*; pero si la fé no se puede demostrar «Dios no puede inculpar á los »cristianos si no la quisiesen mostrar á los »infieles: los cuales se podrian quejar de »Dios que no permite que la mayor verdad »sea mostrada; porque el entender ayuda á »amar á la Santa Trinidad, la Encarnacion »y los otros artículos, las cuales maravi»llas y verdades puede el hombre mas amar »y estimar si las entiende que si las ignora »y solo entendiéndolas puede el hombre

»solo la falsedad.» Asi vertia al castellano Nicolás de Pax, el argumento que en diferentes pasajes de las obras de Raimundo Lulio se encuentra.

Entendia asimismo Lulio que la inteligencia humana andaba enflaquecida para comprender estas verdades por tratar mas de las cosas sensuales que de las intelectuales, que por naturaleza propia bien puede conocerlas. El hombre necio é ignorante entiende las cosas mas por la fé que por la razon, en tanto que el hombre sutil y de pronto entendimiento, mejor comprende por la razon que por la fé y por la autoridad. Y este juicio y doctrina de Lulio estriba en la manera que tiene de considerar la fé que no es en su sentir otra cosa «que una virtud que restaura las verdades latentes del enentendimiento como la imaginacion restaura los objetos sensibles cuando los ojos no los ven.» «Es axi senyor; home nesci de »gros engin á veritat per-fé, que no fé per »raons; home sutil i agut i aparellat á enten»dre á veritat per raons que no per fé.»

Robustece esta doctrina, lo que en dife-

rentes ocasiones sostiene R. Lulio acerca de las dos revelaciones, la *sensual* ó de ley positiva y la *intelectual*? Así como por el mandamiento material á Moisés, mandó Dios al lelegislador hebreo, que adorase á un solo Dios, así tiene Dios mandado al humano intelecto que le adore en Trinidad y la Trinidad sea adorada en unidad de sustancia, y así como el mandamiento sensual está en la Sagrada Escritura, así el precepto intelectual está en la significacion que dan de Dios las criaturas. Y estrema hasta tal punto su doctrina nuestro filósofo, que juzga incurren en pecado los que no adoran la Trinidad, porque el entendimiento, aun á los infieles, les manda que le adoren, pues que las criaturas significan que su Criador es en Trinidad.

Este punto ha sido siempre un cargo para Lulio. Desde Eimerico comienzan las impugnaciones, y tras el Inquisidor Aragonés lo repiten Rapin, que sostiene que Lulio hace natural la religion, Jansenio que creyó buscaba Lulio la conciliacion entre el Coran y el Evangelio, y aun el P. Mtro. Feijoó lo repite en su contienda con los lulianos. Sos-

tienen los discípulos de Lulio (Pascual, Salzinguer) que el declarar los misterios por medio de la razon no es humanizarlos, puesto que no se atenta al carácter de sobrenatural que tienen las verdades religiosas y que no siendo la religion contra la razon debia existir y existe entre ellas vínculo muy estrecho. Añaden asimismo de acuerdo con su maestro que para los ya creyentes y fundados en la fé aprovecha el uso de la razon; porque les hace entender lo que solo creian, por mas que nunca lleguen á comprenderlo y á los que no están fundados en la fé, la razon los estrecha de tal suerte, que deben por lo menos confesar la existencia de esos dogmas. Citan en su abono la autoridad de Lactancio, que tampoco emplea argumentos de autoridad, y que controvertiendo con los paganos, se vió, como Lulio, en la precision de usar argumentos mas que autoridades.

Poco interesa á mi objeto esta defensa que no basta á oscurecer el carácter eminentemente filosófico de Lulio, solo la apunto porque da la clave para estudiar las causas del olvido en que cayó la escuela durante los

siglos XVI, XVII, XVIII, y porque en tanto que se fundaban en nuestras Universidades de Salamanca y Valladolid, cátedras de Santo Tomás, Scoto, Suarez y aun de Durando, se relegaba á su escuela de Mallorca la doctrina del eminente filósofo del siglo XIII.

Creció de punto esta animadversion cuando R. de Sebunde siguiendo las doctrinas de su maestro escribió su libro de Teología natural, que si bien no fué condenado definitivamente como sostiene Feijóo, fué objeto de muy particular cuidado y diligencia por parte de la Inquisicion.

Toda la doctrina teológica se basa y descansa como en ámplio y sólido asiento en la concepcion capital ya espuesta y que constituye la originalidad de Lulio. En el libro de los Principios de teología presenta Lulio preferentemente diez y seis principios ó términos; manifiesta despues su realidad, enumera las proposiciones que nacen de la combinacion de dichos términos, y estudia por último cuantas cuestiones se aparecen al entendimiento al meditar sobre estos términos y estas proposiciones.

Los términos son los siguientes: *esencia divina*, ó sea Dios en su esencia que incluye sodas sus perfecciones; *dignidades de Dios*, ó sean sus perfecciones como bondad, grandeza, etc.; operacion divina que se estiende así á la extrínseca en órden á las criaturas como á la intrínseca de una persona á otra de la Trinidad; *artículos* (los de la fé); *preceptos* (los del Decálogo); *sacramentos* ó sean virtudes que se estienden así á lo divino como á lo creado; cognicion que comprende la divina, la angélica y la humana; simplicidad; composicion por la que existen todas las criaturas; la divina ordenacion é impulso de todas las cosas á su fin; suposicion que es la que hace el entendimiento dando por sentado lo que dice la fé; esposicion y la primera y segunda intencion de las cuales en Dios no hay mas que la primera.

Estos principios y las combinaciones que de ellos resultan se estudian y conocen por medio de la razon humana. Funda Lulio, como se ve, su doctrina en la misma esencia divina y toda la escuela juzga que el ser de Dios ó es *per se noto* ó su existencia demués-

trase evidentemente no solo en cuanto es causa primera sino en cuanto es ente tan perfecto que nada se puede pensar mejor ni mas perfecto. Dada esta suma perfeccion, la razon humana camina segura y desembarazadamente y con el lleno de luz que es necesaria para fundar la existencia de Dios en el entendimiento y en la vida.

Si Dios es perfecto y es suma perfeccion, síguese como consecuencia que en Dios están todas las perfecciones, que el entendimiento puede alcanzar ó concebir y están necesariamente como en Dios está necesariamente todo aquello que dice conexion con sus perfecciones. Que hay en Dios *operacion* es evidente, porque la ociosidad es defecto, y el defecto no puede concebirse en Dios que es lo mas alto y perfecto que podemos pensar. Obrando Dios es evidente que obra conforme á sus principios, y la obra divina es por lo tanto buena, grande y sábia porque de otro modo no sería la obra de Dios la mejor y mas perfecta que pudiéramos concebir.

Conocida de esta manera la existencia y el sér y la accion de Dios, la ciencia teoló-

gica se limita á conocer lo que tiene conexion con el sér y la obra divina y á deducir de las perfecciones de Dios el carácter y naturaleza de lo creado.

Al escuchar estos razonamientos de Lulio, recuérdase involuntariamente la doctrina de San Anselmo el gran pensador del siglo XI. «Es imposible, decia aquel ilustre doctor, pensar que Dios no existe, porque Dios es por definicion un sér tal que no puede concebirse otro mas grande. Es así que puedo concebir un sér tal que sea imposible pensar que no existe y que este sér es evidentemente superior á aquel cuya no existencia puedo suponer; luego si se admitiese que es posible pensar que Dios no existe, habria un sér mayor que Dios; es decir, un sér mayor que el sér tal, cual no puede concebirse mas grande, lo que es un absurdo.» Esta forma de argumentacion así como las varias con que repite su pensamiento en su *Proslogium* San Anselmo, descansa en el concepto de que la idea del sér perfecto implica necesariamente su existencia; pero ni en San Anselmo ni en Descartes, ni en los

discípulos de éste hasta llegar quizá á Leibnitz que conoció las obras de Lulio, no pasa de ser un argumento, en tanto que en Lulio es un método y se estiende y se aplica á la determinacion de la naturaleza de Dios y de todos sus atributos. No es ocasion de esponer la realidad del argumento de San Anselmo; bello é ingeniosísimo, y mas que bello, ingenioso, profundamente verdadero; pero creo con Lulio, que es perfectamente legítimo deducir la existencia del sér perfecto de su idea y que su posibilidad implica necesariamente su realidad. Pero en Lulio estos conceptos son constantes, sin que desconozca que escuchó sin duda el argumento de San Anselmo en Francia ó en Italia, si bien, lo que en San Anselmo es solo un argumento, es en Lulio un método rigorosamente aplicado, y de contínuo, á toda especulacion sobre la naturaleza y los atributos divinos.

La confusion que la escuela Kantista ha observado despues se cometia en la argumentacion Anselmina, entre la necesidad lógica y abstracta y la necesidad real y actual de las cosas, no era para Lulio observacion atendi-

ble, supuesto que, segun su Arte magno, conocer es seguir la realidad viéndola paso á paso en la esencia de su existir en cada uno de los *términos*, y en las variedades de su existencia, en cada una de las *leyes* que engendran aquellos términos. Este fundamento era firmísimo é inquebrantable para Lulio y afirmada la concepcion de Dios como la del Ser sumo y perfecto, sin vacilacion decidia sobre su naturaleza y sobre sus atributos ya ontológicos, ya morales, siempre que aquellos atributos aumentáran el concepto de la perfeccion divina, porque todos ellos están comprendidos y como en cifra, pero de un modo real y positivo en la idea del sér sumo y perfecto. ¡Grande por su estremada sencillez y por lo que concuerda con el sentido y la intuicion comun, es este método teológico que Lulio empleó constantemente en sus predicaciones!

No es cierto, contra lo que sostienen los enemigos de Lulio, que se desentienda el teólogo español en sus libros de las Santas Escrituras y de los dogmas. Nótese que entre los términos indicados como principios de la Teo-

logía, encontramos el de la *suposicion*, que espresa lo que supone el entendimiento al comenzar su estudio. Lulio no se entregaba en brazos del razonamiento, ni aceptaba lo que aparecia al fin del razonamiento, bastándole esta condicion para aceptarlo, sino que el objeto y fin de la esencia está indicado en su escuela por ese *suppositum* que dirige la ciencia á la demostracion de los *supuestos*, que son los atributos divinos. La fé supone ó afirma, y la ciencia luliana esplica esclarece y demuestra lo espuesto por la fé.

Concíbese desde luego que la gran dificultad que debia vencer Raimundo Lulio, estribaba en la Teología dogmática; sin embargo, el audaz pensador no retrocede, siendo de advertir que no encontramos en Lulio interpretaciones anagógicas ó simbólicas de los dogmas y verdades cristianas, sino que su esplicacion es racional siempre, congruente con las verdades cristianas y eminentemente religiosas, sin alterar el dogma con fútiles alegorías.

Sostiene Lulio en el libro de que tratamos que siendo Dios como se ha dicho, y ac-

tuando lo que actua por causa y razon de sus infinitas perfecciones, que contienen todo aquello sin lo cual no serán sumas, infinitas y perfectas, se deducen legítima y necesariamente todos los artículos que son en Dios por suma necesidad, como la Trinidad de personas, la Generación del Verbo, la Procesion del Espíritu Santo, del Padre y del Hijo, la Divina Providencia, etc., porque siendo Dios perfeccion suma, es preciso atribuirle lo mayor y mas noble, y la operacion mas alta y perfecta.

Será la mas noble y perfecta si lo bueno infinito produce bien infinito; pero como solo puede haber una bondad infinita, el bien infinito producido por Dios ha de ser *en* él bueno infinito, y él es bueno infinito por lo que es el uno generacion infinita del otro, y el Producente es Padre, y el Producido es Hijo, y han de tener la mayor concordancia la unidad de ser y operacion, y lo Producido por estos será asimismo infinito y será espirado ó espíritu. La espiracion es el proceso con que uno procede de dos. Este *espirado* ó espíritu completa la suma perfeccion de Dios,

porque para ella basta un solo padre, un solo hijo y un solo espíritu, porque sin la multiplicacion ninguno de ellos fuera infinitamente grande. No menos sutiles son los razonaque emplea respecto á los misterios que pertenecen, por decirlo así, á la operacion esterior de Dios, con la única diferencia que en los artículos que son de necesidad física, se funda el razonamiento en la necesaria conexion física con las perfecciones divinas, en tanto que en las otras se funda en la conexion moral.

Descansando en esta relacion de igualdad de las perfecciones divinas, afirma Lulio la existencia en Dios de una necesidad moral, de una ley, segun habian creido ya San Agustin y San Anselmo, y consiste, siguiendo el dictámen del Dr. Iluminado, esta moral necesidad en cierta ley, segun la cual las perfecciones se imponen, y hacen propio de Dios el tener aquellas operaciones que descubren y manifiestan la suma bondad, la suma justicia, la suma verdad y los demás atributos divinos. Esta necesidad causa la conformidad de la obra de Dios con su divina natu-

raleza, y lo declara y descubre siempre infinitamente bueno é infinitamente sábio y misericordioso. En nada obsta esta necesidad á la omnipotencia y á la libertad de Dios, porque la suma concordancia que existe en todos los atributos, hace imposible que se piense tal imperfeccion, que imperfeccion seria el suponer contradicciones. El poder de Dios es infinito como es infinita su bondad: su obra, hija de su poder, ha de ser buena y la mejor, «porque ninguno negará que las divinas perfecciones, por razon de las que Dios puede hacer ó dejar de hacer lo que sea de su agrado, piden y exigen de él, que haga aquello en que la infinita bondad concuerde de mayor y mejor modo, y ame y se incline mas á lo nobilisímo y perfecto, y á resplandecer con la mayor espresion y grandeza.»

No solo con estas consideraciones, sino con otras tomadas del sentimiento general con que todos los hombres ven en Dios y atribuyen á Dios cuanto de escelso, bello y bueno consideran, por la gracia y salvacion que esperan, asentimiento que no se esplica síno por aquella luz natural que Dios nos da,

demuestra Lulio que las mismas perfecciones divinas, inclinan y vencen á Dios á que cumpla lo mas conforme y propio del sumo amor, de la infinita grandeza, y de la cumplida y acabada perfeccion.

De contínuo sostiene Lulio esta sana doctrina sin retroceder ante ninguna de las consecuencias del optimismo que ha detenido á muchos teólogos moviéndolos á predicar la arbitrariedad de Dios, doctrina que conturba con razon el recto y buen sentido de los creyentes, y que contradice todas las intuiciones á que presta ocasion la idea de un sér infinitamente justo y bueno.

Las demostraciones en las que ve el entendimiento evidentemente los artículos de la fé, se derivan de Dios, y descansan en esta ley de la necesidad moral. Son demostraciones, porque segun Lulio, para que exista la verdadera demostracion, basta que la proposicion que se infiere sea evidente por la evidencia misma de los principios ó leyes de que se deduce y por la relacion de deducido que con dichos principios mantenga. No se necesita en las demostraciones que comprendan la

verdad inferida ó que totalmente la espresen en sus modos y circunstancias, porque si tal se exigiera, no habria demostracion posible resolviéndose todo en proposiciones idénticas.

Cuida Lulio de llamar naturales todas estas razones; porque se dan en las mismas perfecciones de Dios, á quien son naturales, y llámanse naturales tambien porque aun cuando en sí, sean sobrenaturales, el entendimiento forma actos sobre ellas, guiado por la luz natural inmediata, y estos actos son naturalísimos al entendimiento. Forma tambien el entendimiento demostraciones fundadas en cosas naturales creadas, y son legítimas, no porque Dios en su sér y obra se arregle á la naturalèza, sino porque suponen ó nacen de máximas superiores ya declaradas en el *Ars Magna*. Sirvan estasde ejemplo.—«Toda perfeccion de la criatura está en Dios, de mejor y mas escelso modo.—Todo cuanto hay en la criatura es perfeccion en cuanto es imitacion de la correspondiente de Dios.»

Demuestra cumplidamente lo escrito, cuanto se separó Raimundo Lulio en la esposicion de la Teología dogmática, del camino

ya trillado en su tiempo y despues siempre seguido. Esponer y probar con el auxilio de las Escrituras de la tradicion de la Iglesia y autoridades de los Concilios y de los Santos Padres, no servia á los fines de Lulio, dadas las condiciones de su auditorio, herético por lo comun. Sutil y discreto para salvar la doctrina, en la cual cree con viva y robusta fé, su pone el tema ó la afirmacion de la Iglesia como meta y término al cual ha de llegar indefectiblemente la razon humano y con el solo auxilio del discurso humano, intenta y ensaya la esplicacion y demostracion de las soberanas afirmaciones del dogma. ¿Es esto llevar forzadamente y en una sola direccion al pensamiento: es discurrir con un fin preconcebido fingiendo una ciencia que conduzca necesariamente á aquellas demostraciones; es una arbitraria concepcion que tejiendo vanos conceptos y palabras y mas palabras, y nada más que palabras, haga creer á los necios que han conseguido conocer por razon lo que solo se sabe en virtud de la revelacion divina? Así se ha dicho y Mariana y Descortes en tiempos pasados de igual manera que otros

escritores en los presentes, no han titubeado en adjetivar con las frases mas denigrativas el *Ars Magna* de Lulio, salvando á lo sumo su recto deseo y sana intencion.

A tan grave acusacion replico, que es injusta y de todo punto infundada; porque no veia Lulio, ni se le alcanzaba como posible, no ya la oposicion, sino la divergencia entre la razon y la fé, entre la ciencia y la religion. La ciencia era la religion y la religion era de un modo supremo y evidente la ciencia; y en cuanto á los dos medios de conocer la fé y la razon, Lulio los consideraba iguales, solo que tenian mas ó menos eficacia el uno que el otro, segun el distinto grado de educacion y cultura intelectual.

La ciencia es religion; la religion es la ciencia: la Filosofía es Teología y la Teología es la Filosofía: lo sobrenatural y divino son los términos primeros por los cuales se indaga y tiene valor y es evidente el conocimiento. Todas estas son máximas de Lulio, y quien así creia legitimamente y con pleno y completo derecho podia buscar aquel perfecto organismo del ser y del conocer que

una vez declarado, esplicaba lo mismo las profundidades del dogma y de los sacramentos, que las últimas afinidades y apetitos de la naturaleza vegetal ó animal.

En su ferviente y sistemática creencia, Lulio no distingue en la religion el elemento racional del elemento histórico; la constitucion eclesiastica, del dogma teológico, el símbolo y la representacion de lo representado, y por eso, como materia y objeto natural de la ciencia, propone los sacramentos, la gerarquía eclesiástica y la potestad pontificia. La religion se confunde en su espíritu con la historia de la Iglesia, y este es en mi juicio el único error de Lulio; porque no creo que gravemente pueda hoy negarse que entre la religion y la ciencia existe un vínculo y una relacion como la que sospechó en el siglo XIII el Solitario del monte Randa, puesto que la Teología racional es nervio de la Metafísica. y acudimos á la Teodicea para buscar fundamento y raíz á todo conocimiento y á toda indagacion.

No diré yo que el Iluminado Doctor consiguiera demostrar y poner á luz de razon

los dogmas y los principios de la Teología católica; pero las grandes escuelas y los grandes filósofos mas se estiman por sus tendencias y por el sentido y derroteros que imprimen ó abren á la especulacion humana, que por los resultados positivos y concretos que consiguen, atendido á que la ciencia es infinita é inherente á la humanidad y con la humanidad crece, y el abrirle nueva via ó el orientarla mejor, importa mas, que construir un sistema que, como fórmula hija del tiempo y del pensamiento individual, será fugaz y pasajero, como el tiempo y el indivíduo. La tendencia luliana en la Teología hubiera prevenido su temeroso divorcio de la Filosofía, y quizá hubiéranse evitado la oposicion, las luchas, y las mútuas y recíprocas negaciones, y con ello los daños y los profundos males en el pensamiento y en la vida que ha traido esta impía contienda entre la religion y la ciencia.

Los discípulos de la escuela han permanecido fieles á esta noble tendencia de su maestro, y Dagui y Sebunde, Salzinguer y Pascual han sostenido, ya en el siglo XVI, ya

en el XVIII, que era preciso mantener la Teología en aquella ancha y real senda, lamentando que las nuevas escuelas, en vez de indagar lo que realmente es en Dios, se empeñaran en el estudio del modo de conocerlo que tiene nuestro entendimiento. Censuraban asimismo aquellos doctos varones que al inquirir el modo como son en Dios algunas perfecciones, se intentase la esplicacion, no por lo que realmente hay en Dios, sino por lo que, segun nuestro modo de entender, concebimos, y de aquí las distinciones en Dios, que han dado motivo á las reñidas cuestiones que aun agitan el campo teológico.

Nada de esto aparece en la Teología luliana; porque cuanto contiene se resuelve, y es, segun la realidad del sér, y de las perfecciones en Dios, por lo que no afirma nunca Lulio, como otros teólogos, que haya en Dios predicado potísimo, sino que todos son absolutamente iguales; ni se dice que Dios sabe algo antes de decretarlo, ni conoce antes de determinar, ni determina antes de conocer, sino que con total y eterna simultaneidad quiere y conoce y lo po-

sible, es, por razon de su poder, sabiduría y bondad.

Los lulianos encarecen y encomían esta concepcion de Dios, porque en su sentir concluye con las interminables disputas de la predestinacion y de la libertad, de la gracia y el libre albedrío, que suponen nacieron, por no haber parado mientes los Teólogos en la absoluta simultaneidad de la accion divina y por haber introducido en el conocimiento de Dios, distinciones puramente conceptivas, es decir, hijas de nuestro entendimiento, y principalmente por haber hecho descansar el conocimiento de Dios, en nuestro modo y manera de conocer, no en la realidad de sus perfecciones divinas.

Comparando esta doctrina y teología con las que pululaban en las aulas francesas é italianas en los siglos XIV y XV salta á los ojos el sentido de aplicacion á la vida que Lulio quiso imprimir en la ciencia. No diré yo que en método y procedimiento no aventajen á Lulio los doctores que florecen siglos despues, y que leían Teología ó Filosofía en las anlas de las régias y pontificias Universida-

des; pero si sostengo que es original y portentosa la concepcion de una ciencia popular, llana y fácil para todos y que atrae y convida á todas las almas, sin imponerles mayor fatiga que buscar en su propio entendimiento, aquellas nociones primeras, que instintivamente nos hablan en el fondo del alma, y cuya voz segun Lulio, es bastante para dejarnos perdurablemente enamorados de Dios y de sus infinitas perfecciones.

III.

Juicio.

Ya se esplica señalado ese carácter popular de la doctrina y de la escuela, porque Lulio escribió libros de ficciones y alegorías poéticas, porque metrificó pidiendo á la Gaya ciencia acentos mas persuasivos y palabra mas arrebatadora. Queria que su conviccion pasara ardiente y apasionada al fondo de todas las almas. La intuicion que le representaba el sér unido, en un estrecho abrazo de amor y de creciente adoracion á Dios, podia figurar-

se ya por las representaciones dialécticas que emplea, ya por su famoso *árbol de la ciencia* ya por los símbolos y alegorías que los judios y los árabes empleaban en sus estudios y en sus enseñanzas desde el siglo XI. Objeto primordial y el anhelo constante de Lulio fué facilitar la inteligencia, abrir el sentido por maneras y modos figurativos, ayudar al entendimiento con el sentido y al sentido con el entendimiento, mover la fantasía escitando la sensibilidad, despertar, en una palabra todas las potencias al amor y al conocimiento de Dios. Y como nada conduce al amor de Dios tanto como el conocerlo, y este conocimiento no se consigue por un silogismo, ni está en la conclusion de una série de proposiciones combinadas en epiquerema ó sorites; sino que toda la creacion y la vida entera aprovechan para obtenerlo y alcanzarlo, á todo acude el espíritu y en todo debe buscarse piamente, el rasgo y la huella que pone al hombre en el rastro de lo divino; porque en todo está impresa y en todo fulgura de modo soberano esa luz sobrenatural. Los insectos, lo infinitamente pequeño que apenas

vive en la creacion; el bosque con sus bellezas, los animales con sus instintos, los rios y los mares, los vientos la luz y el rayo, la juventud y la ancianidad, la germinacion de semillas y flores, de afectos y pasiones, lo infinitamente grande como el mundo y los astros, los imperios y las naciones, todo nos habla de Dios, y en todo se trasparenta Dios, debiendo la ciencia humana recoger cuidadosamente todas esas voces que con suavidad é indecible blandura nos llaman á la contemplacion de lo divino. No uno, sino varios libros escribe Lulio con este propósito. Todo sirve para aquella educacion que Lulio codicia, porque todo esconde esa mística eseneia que anhela revelar para que enamore y salve al espíritu del hombre; y dicho se está que sus leyendas y sus apólogos, sus himnos y plegarias poéticas, no son mas que amplificaciones de las verdades que consignó en el Ars Magna, que es la forma lógica de la vasta intuicíon del gran pensador.

Si recordamos que estos propósitos se decian en un siglo en el que la ciencia se encastillaba orgullosamente en el oseuro se-

no de las aulas, y en fórmulas consagradas tocaba solo en los lábios de los iniciados; si recordamos que el formulismo era cánon para la ciencia y criterio para el sábio, y en lengua, en método, en pensamiento, cuidábase principalmente de huir todo contacto con lo comun y general, esta propagacion de la ciencia por Lulio, es un prodigio. ¿Qué digo en los siglos medios?-aun hoy es novedad y es sano consejo el que se desprende de aquella manera luliana de entender y filosofar y el propagar la filosofía. Desde el siglo XVI se repite que la filosofía es antes que todo y sobre todo libertad en el pensar, y no hay Doctor que no escriba, que no hay ciencia donde no hay propio pensamiento y esfuerzo propio para llegar á la verdad, y todos escribimos, siguiendo á estos doctores que la verdad no es aparicion ni hallazgo para el espiritu humano; sino descubrimiento previsto, fruto deseado y justo galardon del sano y religioso meditar. Pero si bien todos escribimos así, todos pensamos de otra manera como si entendiéramos la filosofía y la ciencia cual fórmula algebráica, única y

absoluta, que recibimos de los lábios del maestro y que despues trasmitimos como legado testamentario á nuestros hermanos en la escuela ó en la doctrina y á los que han de ser nuestros sucesores. Muchas escuelas y muchos filósofos, se creen en un mundo en el que se ha consumado la revelacion de la verdad y fuera del que, no hay salud posible para el entendimiento. Asi domina en la filosofía moderna un espíritu estrecho y esclusivo, que causa una radical impotencia en el pensamiento, y así creyendo saturarse en la doctrina de la escuela, el pensador se aisla, se atrofian en él aquellas facultades cuyo ejercicio no es simpático á la escuela, claudíca en su marcha el pensamiento y cae por último como en caverna oscura en el fondo de la propia individualidad falto de luz y de aire, falto del ambiente que necesita para crecer y para volar. Aun, ese ejercicio armónico de todas las facultades del espíritu, relacionándolas en una ámplia y coordenada indagacion de la verdad, es enseñanza peregrina para los pensadores modernos que nunca la practican por mas que en alguna ocasion la hayan

escrito en sus libros. Y aun en las mas afamadas de las escuelas contemporáneas tanto se arraiga este espíritu formal y escolástico, que no es caso raro escuchar á Krausistas y Hegelianos que la ciencia no debe bajar de la inaccesible altura y debe condenarse esplícitamente toda empresa de popularizacion y propaganda de la doctrina.

Si hoy tales vicios y tan inveteradas corruptelas, aun en aquellos que mayor confianza tienen en la eficacia de las ideas, deslucen y anulan su aumento y su estension en el espíritu general, ¿cómo no aplaudir al que se adelanta tan gallardamente á la especulacion de cinco siglos y sostiene con profundo sentido, que el pensamiento individual tiene tanto mas valor cuanto menos dice y declara de la propia individualidad y de aquellas maneras de discurrir y pensar, hijas de la genial y característica fisonomía del indivíduo? Lo individual y propio del pensador, los juicios, las preocupaciones, el desarrollo de esta ó aquella facultad preferentemente cultivado constituyen un árduo problema para la educacion racional, que el filósofo debe resolver

preservando á su pensamiento de las influencias de aquellas propensiones ingénitas ó adquiridas, mirando y remirando á la par, para que no lo atraiga ni lo fascine otra autoridad ni otro propósito que el de la razon y el debido de posesionarse de la verdad. Lulio discurria así, y el método es escelente para que no se esterilice el pensamiento y nunca se agoste la fecundidad que reporta de su constante comunicacion con lo divino, comunicacion que á su vez exige la mas absoluta espontaneidad, y por tanto una libérrima y continuada indagacion.

Creo como Lulio que la comunicacio- entre lo divino y lo humano se cumple siempre, y se cumple en todos los hombres, bastando para escucharla y entenderla, no interrumpir este santo diálogo, con propósitos preconcebidos, de que la verdad se ajuste á esta ó aquella fórmula histórica ó escolástica para dar así la razon á los amigos y negársela á los adversarios. Cuando el pensamiento asciende por la inacabable escala de las ideas y crece y se fortifica con el saber que consigue, no hay amigos ni adversarios, y solo

pueden aparecer las diferencias al decirse con clara evidencia y profunda conviccion las verdades adquiridas, y que constituyen ya parte integrante y viva de nuestro sér racional é inteligente.

De otra parte en el estado actual de la Teologia racional no es indiferente para la orientacion del espíritu, el fijar como la idea de Dios ha sido concebida y esplicada en la Península ibérica, teatro desde los primeros siglos de las grandes discusiones á que da márgen la coexistencia en España del monoteisma judáico, del cristiano y del mahometano. De antiguo databa esta oposicion y esta controversia entre las distintas formas religiosas del monoteismo; pero principalmente desde 1120 en que nace Averroes hasta 1204 en que muere Maimónides, las doctrinas árabes y judáicas ya toleradas, ya combatidas por los doctos habian dejado en el fondo del pensamiento español una nocion y un concepto de Dios, mucho mas vasto y estenso que el esplicado y defendido por los escolásticos franceses ó italianos. La filosofía escolástica en la edad media, representada principalmen-

te por Alberto el grande, Santo Tomás de Aquino, y Raimundo Lulio, se contrae como á fin primero, á refutar á Averroes y á Maimónides; pero comparando las refutaciones de Alberto el grande y Santo Tomás de Aquino con la de nuestro Lulio, evidénciase como el monoteismo popular era el que inspiraba á nuestro filósofo en la cruzada á que consagra toda la actividad y la energía de su ingenio. La filosofia escolástica distinguia constantemente entre la verdad theológica y la verdad filosófica, y fuera del dogma no discurria ni razonaba sobre esta altísima cuestion de Dios que es toda la ciencia.

La Theología racional no aparece en el saber de la escolástica. Lulio por fortuna no frecuentó las aulas como escolar, ni leyó libros, antes de comenzar sus meditaciones, y cuando ya el doctor discutia entre los doctores, tachaba de averroista la distincion entre la verdad filosófica y la verdad theológica. Sus biógrafos repiten aquel principio suyo tantas veces consignado y defendido en sus famosas disputas en las aulas de Paris. *Si fides catholi-*

que intelligendi sit imposibilis, *imposibile est quod sit vera.*

No se encuentra, (yo por lo menos no lo encuentro) el antecedente en la historia de la Filosofía escolástica de este monoteismo que fundia los rasgos capitales del judaismo, del cristianismo y del islamismo. No trataba Lulio de conciliar el Evangelio con el Coran, ni á la Sinagoga con la Mezquita, cosa que repugnaba á su profundo sentido cristiano; la que el intenta y emprende es la demostracion de que la idea de Dios es fundamentalmente la misma en las tres religiones, por proclamar las tres, la existencia de un solo Dios, y por lo tanto debe ser idéntico en todas ellas el modo de conocerlo y la manera de adorarlo, porque este conocimiento y esta adoracion son consecuencias indeclinables de sus cualidades y atributos que el cristianismo espone en sus dogmas, lógica y ordenadamente, en tanto que el judaismo no es completa, y el mahometismo las contradice y afea. El Dios judáico es el Dios verdadero pero no abraza aquella nocion todas las esencias divinas que declaran sus infinitas perfecciones en el seno

de la theología cristiana. El Dios del islamismo es en su concepto fundamental el Dios verdadero; pero abstracto y falto de todas las perfecciones morales y atributos que lo relacionan con el mundo y con las criaturas como providencia, como fundamento de la verdad y causa de belleza; y por último, como ley de vida que estrecha y hermana todo lo inteligible bajo el eterno principio que constituye su esencia.

Reconocer en el hecho de ser monotheistas las religiones un principio superior á sus dogmas y formas históricas; servirse de este principio superior para llegar al monoteismo cristiano y rehecha y corregida la nocion judaica y la musulmana, predicar la unidad de la vida como consecuencia de la unidad de la creencia en Dios, aprovechando todo movimiento religioso del alma, para que se ensanche y magnifique la idea divina, repito que es una empresa sin precedentes en la historia de la filosofía, y que Lulio concibió inspirándose en el sentido y pensamiento popular de su edad. Escelencia es esta de nuestra historia. Esta nacionalidad y vida

histórica española que trascurria en los siglos XII y XIII entre las guerras y las alianzas de árabes, judíos y cristianos, mezclados en sus ciudades, confundidos en sus escuelas y academias y comunicándose sus pensamientos en dialectos mistos, como recíprocamente se comunicaban usos, leyes y costumbres, no podia menos de crear un sentido espontáneo, que permitiera al espíritu levantarse á esta suprema idea de Dios, resúmen y depuracion de las nociones dogmáticas de las religiones positivas.

Dios es todo lo santo y bueno que de Dios dicen judíos, árabes y cristianos, y es mucho mas que nos dará á conocer su inagotable bondad, sí con profundo amor le buscamos y seguimos. Este es el sentido religioso popular del siglo XIII en España, sentido á cuya creacion concurrian la genialidad de raza, la educacion cristiana y las vicisitudes y los accidentes de la vida histórica.

Lulio que acudió á la filosofia buscando principalmente medios eficacísimos y maneras potentísimas de asegurar el dominio universal del cristianismo, convirtiendo por la

persuasion y el amor á mahometanos y judíos, se sirvió esclusivamente de este sentido religioso de nuestro pueblo, y especulando en esta direccion, formuló las vastas concepciones ya descritas. Con el sentido cristiano y con la sana razon, afirmaba Lulio la comunicacion intelectual entre Dios y el hombre, y de acuerdo con esta presencia de Dios que está virtualmente en la razon humana, de acuerdo asimismo con el sentido popular de nuestra nacionalidad, iba á Dios bien contemplara la majestad y belleza del mundo natural, bien escuchase la callada voz de la propia conciencia. Un eminente discípulo de Lulio Raymundo de Sebunde escribia siglos despues en sus Diálogos de la naturaleza estas notabilísimas frases: «Rastreando por las »propiedades que el hombre recibió en sí, »podrá muy bien conocer y colegir de ellas »las de su Criador, y qué sea lo que ten»ga obligacion á ofrecerle siempre con agra»do y gusto. Has de saber que ninguna cosa »hay de estorbo, ni ninguna cosa media »entre Dios y el hombre, respecto de lo »cual puede haber entre ellos, como de he-

»cho hay, proporcionada correspondencia;
»porque conociendo el hombre sus propieda-
»des y coligiendo ó conociendo por ellas cuá-
»les sean las condiciones de Dios, se infiere y
»sigue bien, que pues el hombre pueda amar,
»conocer, temer y rogar, que Dios puede y
»debe ser amado, conocido y rogado. Y pues
»el hombre puede loar, bendecir, admirarse
»y gratificar los beneficios recibidos, bien se
»sigue que Dios puede y debe ser alabado,
»glorificado, adorado, reverenciado y servido
»por los beneficios hechos por su soberana
»magnificencia al mismo hombre. Y pues el
»hombre puede creer, esperar y confiar, cla-
»ro está que en quien y á quien ha de creer,
»es Dios, y que en él solo puede y debe espe-
»rar y confiar con seguridad. Y pues el hom-
»bre anda siempre buscando la verdad, aman-
»do la bondad y abrazando la fidelidad, sí-
»guese claramente que todas estas acciones
»en nadie las puede y debe ejercitar como en
»Dios, que es sumamente verdadero, infini-
»tamente bueno é inmensamente fiel, y no se
»le puede encubrir que Dios tiene estas per-
»fectas condiciones. Y pues el hombre puede

»desear inmensamente, bien se puede creer »que Dios le puede dar infinitas cosas desea- »bles y apetecibles. Y pues el hombre puede »hacer bien y merecer con eso innumerables »beneficios, no puede ser menos sino que »Dios sea magnífico remunerador, y que »pueda darle esos tan copiosos dones que al »hombre le pueden ser debidos. Y pues el hom- »bre puede pecar y caer, y como reo estar »sujeto al juicio, es infalible que Dios le pue- de castigar, si está caido levantarle, y si es »reo sentenciarle, y mereciéndolo justamente »condenarle. Y finalmente, pues el hombre, »mientras está en esta vida, puede preso pe- »dir perdon, y caido en desgracia que le le- »vanten, cierto es que Dios, como misericor- »dioso Señor, puede perdonarle, absolverle y »reconciliarle consigo. »(1)

Esta elocuente declamacion de Sebunde la escuchamos aun hoy en los labios de nuestro pueblo, y donde quiera que espontáneamente

(1) *Diálogo de la Naturaleza*, traducido de la lengua latina, en la cual los expuso el muy docto y piadoso Ilmo. R. Sebunde; en castellano, por el P. F. António Arés. Madrid, 1616, por Juan de la Cuesta.

y en forma purísima y pristina la idea de Dios y el camino para llegar á su conocimiento preocupa al hombre de nuestra raza, encontramos idénticos ó semejantes conceptos á los esplanados por Sebunde en la página trascrita. Constantemente los empleó Lulio, y la poesia de los siglos medios á la par de las escuelas místicas del siglo XVI implícita ó esplícitamente esplican á Dios del mismo modo y abren de la misma manera innumerables sendas y caminos para llegar á su conocimieuto.

La educacion cristiana de estas razas occidentales contribuyó eficacísimamente á estender la buena nueva de que el Dios tan deseado y con tanto suspirar apetecido por el alma, no era preciso buscarlo con desasosiego y clamorosamente por valles y montañas, por cielos y tierra, sino que habita en el interior del hombre; no está solo en su invisible y soberana esencia, sino que está en el alma; no se aparece solo á los elegidos y doctos al través de intrincada selva de proposiciones dialécticas, sino que se da abundante y amorosamente en toda razon humana, que con

puro deseo y religioso afan busque la luz y la verdad.

Yo bien sé que San Agustin y los Santos Padres de la Iglesia griega y latina una y otra y cien veces dijeron de Dios, en sus discursos y enseñanzas, lo que traducido en frases vulgares dice nuestro pueblo en todas sus espansiones religiosas y místicas durante muchos siglos; pero quiero advertir que no acudió Lulio ni á San Agustin, ni á San Clemente, ni á Scot Erígena. ni á otras fuentes doctas para pensar y esplicar como lo hizo, sino que recogió de la creencia popular sus proposiciones. Coinciden en esta concepcion de Dios, la razon natural y el cristianismo; fortificó el segundo á la primera, y la doctrina teológica concerniente á tan alto asunto, desde el siglo V al siglo XVI aprovechó grandemente á los triunfos del dogma católico. El cristianismo de los SS. PP. corroborando las intuiciones universales, y discurriendo en todo lo que á la esencia y atributos divinos toca, de acuerdo con aquellas intuiciones del espíritu humano, dió base y asiento á la ciencia, base que no flaqueará y asien-

to tan firme que no creo tenga otro en la consumacíon de los siglos.

Esto de la educacion ontológica de los siglos medios debe estimarse y agradecerse á la teología cristiana, y es el mayor de sus merecimientos. La teología ratificando lo que espontáneamente dice la razon humana de Dios y diciendo al hombre, que en Díos está toda verdad como todo ser y toda vida, previno y desautorizo de antemano todas las abstracciones y quimeras de un nominalismo sutil y pernicioso que hubiera retardado el progreso de la ciencia. Presentar bajo la autoridad del dogma, afirmaciones capitales respecto á la esencia divina y respecto á sus atributos, equivalia á compensar á la historia humana de las perturbaciones y estancamientos que la invasion de los bárbaaos y el orígen de las nuevas nacionalidades causaron al comenzar la Edad media.

Dios está en la razon humana, Dios vive en el alma humana, sin que lo uno ni lo otro, contradiga lo propio de su esencia infinita y absoluta. Y si esta proposícion no es hoy de agrado por ser menos religiosos

que nuestros místicos y filósofos de los siglos medios, no repugnaran los que tan impiamente quieren ser y vivir fuera de Dios, que yo escriba que en Dios está la razon, la vida y el ser del hombre y que por esta causa la razon llega á conocer la verdad real, y la vida es práctica y concordia de la bondad y de la belleza. Todo es de Dios, todo es por Dios, y todo es para Dios, decian los lulianos. Sin Dios, ¿qué cosa tiene sér? ¿Qué tiene razon y fundamento de existencia? Sin Dios no es posible el pensar y es un delirio el vivir.

Yo bien sé que al escribir estos conceptos tantas veces respetidos en los tratados de Lulio doy ocasion á las acusaciones de misticismo; pero repito que es la escuela luliana la progenitora de las místicas de Granada y Teresa de Jesus y añado que la conccpcion de Dios, como ser real y unido al mundo, no se ha presentado en la historia del pensamiento religioso síno en nna ú otra de estas dos formas, Misticismo ó Panteismo; sino es que se han confundido ambas, hasta llegar á los últimos dias de las escuelas mo-

dernas alemanas é italianas; es decir, á Krause y á Mamiani.

No es panteista Lulio, pero confieso que es místico. Es místico porque en este período de la razon humana (siglo XIII.) no es hacedero conocer esa realidad y sustantividad de Dios; sino acudiendo al modo místico. muy del gusto de la espontaneidad de la razon, y del sentimiento. Todas las escuelas de la Edad media que no se han fortificado por el misticismo han ido á perderse en las logomachias y alambicamientos de un escolasticismo pueril. Las escuelas realistas, ontológicas, las escuelas místicas sus hermanas ó sus hijas, son las que señalan en la Historia la gloriosa estela del pensamiento religioso de la humanidad. Y esta verdad, ¿es solo escrita en los siglos medios? No es de todos los siglos.

Censurar á Lulio por su misticismo es desconocer que aun hoy la filosofía anda á vueltas con el problema de evitar el misticismo y huir del panteismo. Y el problema es árduo. Las escuelas modernas no lo han resuelto aun. La que no es mística es panteis-

ta, y la que no es panteista ó mística discurre fuera de los términos científicos y no responde á esta gran ansiedad del espíritu humano, que le lleva á desear la union perfecta y la intimídad mas estrecha entre la nocion de lo divino, que fermenta en el seno de nuestro sér racional y lo divino tal como él es en su realidad absoluta y en su verdad eterna. Las escuelas que con paso mas atrevido y con mayor resolucion, han escrutado las profundidades del conocimiento humano, en último término, señalan en el conocer una intuicion espontánea que súbita y radiante surge del fondo de la razon humana poblándola de luces divinas ó una *vista real* de la verdad conseguida en el profundo de la conciencia humana, en la cual reside como consustancial á ella, la idea divina.

Fuera de esta solucion, que bien puede refundirse en una ambas esplicaciones—verdadera estrella polar en la magnífica esploracion en que perseveran las escuelas ontológicas de los tiempos modernos, no quedan otros caminos que los innumerables del escepticismo, ó los oscuros y accidentados en que

se abisman las escuelas materialistas hasta dar en el profundo de las blasfemas negaciones de la razon humana. No sostengo que la metafísica de las escuelas espiritualistas, ni la de la escuela de Krause, ni las nobles aspiracioues de las escuelas italianas acaudilladas hoy por Mamiani. sean místicas á la manera de los Alejandrinos, á la manera de los místicos de la Edad media, ni del modo con que lo fueron nuestros Luises, y la madre Teresa de Jesus. El misticismo desde la escuela alejandrina hasta los últimos discípulos de las escuelas italianas, se desarrolla purificándose lenta, pero constantemente de aquellas negaciones, que lo habian con razon extrañado del dominio de la ciencia. El elemento psicológico y el método analítico han tomado carne en las escuelas novísimas y se han reconocido por último las facultades, que la razon humana posee, para la indagacion y el conocimiento de la verdad. Estas conquistas, fruto natural de la especulacion del espíritu humano en todas las esferas del saber, han puesto en su lugar y punto debido, lo que la exaltacion religiosa, ayudada de la fantasía artís-

tica, habian creado en el seno de las escuelas místicas de los siglos pasados, concluyendo con la preponderancia de la sensibilidad y con el error que trastocando la esencia y naturaleza de las facultades, atribuia al sentimiento lo que es propio de la razon. Pero aun cuando por el transcurso natural de los tiempos, y por la sucesion lógica de los sistemas y de las escuelas filosóficas haya el misticismo perdido las vestiduras con que lo aderezaron Plotino y los suyos, los Victorinos, los Leones y Granadas, y aun los filósofos del siglo XVII, no es menos cierto que en el problema capital; es decir, en cuanto toca á la realidad y verdad del conocimiento de lo divino, no es dado prescindir de la union, de la participacion de lo humano y de lo divino, lo que constituye en mi sentir el rasgo generador del misticismo.

Los que censuran á Lulio por místico, los que repugnan aquella constante direccion del pensamiento hácia lo infinito y lo absoluto, que representa la unidad de orígen y la unidad de fin de toda la ciencia humana que procede de Dios y á Dios se dirige, busquen

en los mas renombrados pensadores modernos, pruebas y demostraciones que no supongan fundamentalmente, la doctrina ontológica de la cual como de fuente abundosa fluyen todas las enseñanzas lulianas. Yo de mí sé decir, que mientras no cambie la concepcion de Dios, creida, amada y entendida desde la edad griega hasta la presente, no hay esplicacion posible, y por lo tanto no hay evidencia y hartura para la febril inquietud del espíritu humano; sino afirmando y creyendo, sintiendo y razonando esta existencia y participacion de lo divino en lo humano que da aliento á nuestra razon para encontrar y ver á Dios, ya descendiendo al profundo de la conciencia, ya levantándonos al esplendor de las ideas, ya por último, quilatando y reconociendo las leyes y los fenómenos en que manifiestan la vida y las escelencias de la naturaleza que nos rodea.

El hombre ha vislumbrado la idea de Dios y se aferra á ella como á áncora salvadora.

La misma idea de Dios preside la marcha de esta gran edad. Al través de veinte y cin-

co siglos la idea no cambia; únicamente crece y se sublima en la série de las concepciones humanas.

El Dios de Platon, de Aristóteles, de Agustin y Lulio, de Descartes y Malebranche, de Fenelon, y Newton, de Leibnitz y Krause, es la idea madre de la ciencia y de la vida, y no hay ciencia verdadera ni vida justa y honrada, sino buscando y encontrando en ese Dios la causa y la razon del hombre, y en su sér y en su vida la vida y el sér del hombre.

Para que cambie la naturaleza del problema filosófico moderno y se alteren sus términos, es preciso cambiar el término máximo, Dios, dando un nuevo concepto de lo divino. Hasta hoy nadie lo ha conseguido, y las escuelas spinozistas que lo intentaron fantasean, partiendo de una negacion afirmada como principio del sér.

No me dejo llevar del contento que causa el desvanecer injusticias y el alabar merecimientos desconocidos, hasta el punto de sostener que es perfecta y completa la Teodicea luliana. El prurito de presentar en breve

cuadro y muy de bulto la teoría de los atributos divinos, arrastró á Lulio, contra su propia tendencia, á una representacion de lo divino, y por quererla ofrecer acabada y perfecta, la representó mezquina y estrecha. La idea de lo infinito no se amolda á las fórmulas imaginadas por Lulio, y mucho menos se ajusta la idea de lo absoluto á la traza y disposicion de las propiedades divinas, que Lulio enseña al querer comprender y declarar, toda la esencia y toda la operacion divina. Aun interpretando en el ámplio sentido de los lulianos del siglo XVIII la teoría de las perfecciones divinas, dándoles un valor ontológico, y estimándolas como causa de vida y operacion eternas, la idea de Dios queda empequeñecida y como ahogada dentro del círculo en que se cortan de mil modos y maneras los círculos mínimos que representan los atributos de Dios. No hay posibilidad para la inteligencia humana de trazar un círculo máximo que defina, distinga y contenga al sér infinitamente absoluto y absolutamente infinito. Toda representacion de la esencia divina en esta ó aquella forma, bajo uno ó múltiples

conceptos, conduce fatalmente á una figuracion plástica de Dios, y por consecuencia inevitable, á una idea equivocada de lo absoluto y de lo infinito. El conocimiento de Dios no tiene ni tendrá fin, y la inteligencia humana no llegará nunca al término último ni al conocimiento total de lo divino, ni en esta, ni en la futura existencia. Creciendo y profundizando en este conocimiento vivirá el espíritu del hombre por los siglos de los siglos, y será perdurable su ascenso y su adelanto, sin que vea la cima ni dé remate á este ascendimiento del hombre á Dios. Cuantas fórmulas y definiciones ha imaginado la filosofía y ha difundido la teología de las pasadas edades, no son mas que gradas y peldaños de esa inacabable é infinita escala que han entrevisto los mas apasionados de los místicos y los mas audaces racionalistas. Pero como consecuencia directa de esta doctrina se sigue que son esas fórmulas y definiciones, ensayos y delineamientos que llevan á la razon humana á mirar como compendiado y resumido en una figura que dibuja la fantasía al Sér infinito y absoluto, y á ver su operacion y su obra co-

mo un tejido necesariamente creado por la asistencia y concurso de las diferentes partes de un mecanismo. Así el Dios de Platon, así el Dios de los escolásticos, así el de Lulio, así tambien en nuestros dias el de las escuelas panteistas.

Influyó no poco en este error de Lulio el genio de la raza y la nativa condicion del ingenio español. Avido siempre de color y de luz, ansioso de recrear la fantasía ó los ojos en una representacion plástica de toda idea y de todo concepto, nuestro ingenio busca con afan estas grandes concepciones que dan á sus sentidos y á su fantasía el por qué de todos los fenómenos, y las causas próximas y remotas de todos los efectos. Analogías, semejanzas, coincidencias bastan las mas veces para que el ingenio de nuestro pueblo construya sutil é idealmente, la maquinaria del cielo y de la tierra, y á estas visiones esplendentes, que dan la clave de lo inteligible, las decora y sublima, apasionándose de ellas con la exaltacion y energía propia de los pueblos meridionales. Todo concepto, por el contrario, que se dé solo en la reflexiva vida de

la conciencia, ó toda idea que por su carácter absoluto é infinito repugne el definirse y determinarse por medios plásticos y representativos, resbala y se desvanece en este pueblo de artistas, que da formas á cuanto adora y á cuanto piensa, á cuanto teme y á cuanto espera.

Lulio como los mas de los filósofos españoles obedeció á esta influencia y verdadero representante del ingenio español, ya en las apladidas Figuras de su arte, ya en su *Arbol de la Ciencia* quiso presentar como en vision perfecta, toda la realidad del sér y el conjunto de todas las causas, para que como en un espejo se retratase en la inteligencia humana el completo mecanismo de la ciencia y de la vida.

Que en esto hay error, y error grave ya lo he dicho, pero siguiendo la historia de la filosofía, en España, en Francia ó en Italia, en el siglo XV, en el XVI, y aun en el XIX, el menos versado en estudios reconoce que idéntica fué la tendencia de todos los pensadores originales que florecen durante esos siglos en el Occidente de Europa. Los platóni-

cos italianos, los árabes y judíos que les precedieron, lo mismo que Campanella y Vico, y en nuestros dias las Teogonías y las Cosmologías de Fourie, Saint-Simon, Gioberti, Reinaud, Buchez ó Ballanche y tantos otros, no conciben de modo distinto la ciencia, de como lo interpretó y espuso dócil al sentido de su raza, el Solitario del monte de Randa en la isla de Mallorca.

No es este el momento de discutir el valor científico de estas concepciones universales que despliegan en una breve enciclopedia dramatizada por la representacion de los hechos y de las causas toda la ciencia y toda la vida; pero al juzgarse este punto, cuídese de no incurrir en grave injusticia, desconociendo la índole y naturaleza de nuestro genio nacional, escitada por la educacion greco-latina, y por las formas simbólicas y alegóricas que el cristianismo y el gusto de árabes y judíos popularizaron en nuestra patria. Lulio representa con toda la energía de la espontaneidad, y con todos sus defectos, y con todas sus ventajas esta tendencia sintética y plástica á la vez del ingenio español.

No soy de los que creen que hay una filosofía española y una filosofía francesa y otra germánica y anglo-sajona, y que solo en una de ellas reside la verdad; pero sí creo, que en esta inmensa reparticion del trabajo espiritual á todas las edades y á todos los pueblos, esos aspectos peculiares con que cada raza y cada siglo atavía las ideas y los conceptos, deben tenerse muy en cuenta por el historiador, para estimar en su vasto y magnífico conjunto, la marcha de la ciencia penetrando el significado y la importancia de lo que traen á ella los latinos ó los germanos, los slavos ó los sajones.

Y si para este fin es interesantísimo el estudio de la escuela filosófica mas original que ha producido la España cristiana, no lo es menos para determinar el sesgo y la direccion conveniente á los estudios en nuestra patria habida cuenta de los antecedentes históricos que á su vez declaran la genialidad filosófica de nuestra raza. Claro es que el incesante relámpaguear de luminosísimas intuiciones que se admira siguiendo el pensamiento luliano al través de los libros didácticos y

poéticos que nos legó el fecundísimo escritor, no me deslumbra tampoco hasta el punto de sostener, que se adelantó Lulio á los delicados análiris de las facultades humanas, que caracterizan á las escuelas críticas modernas, ni incurro en la exageracion de creer, que fué tán hábil y consumado en el empleo de los métodos inductivo y deductivo, que construyo como un tejido de verdades ciertas y evidentes y fácilmente demostrables, el saber humano en lógica y metafísica. Con particular cuidado he escrito siempre al calificar los esfuerzos de Lulio, los adjetivos espontáneo, popular, etc. Y al hacerlo así, tuve en cuenta que no acontece á la razon humana cosa distinta de lo que sucede á la fantasía, al sentimiento y á toda existencia libre y racional. La historia de la filosofía enseña, que es una ley de la vida, la ordenada sucesion de las edades, que se distinguen y diferencian por el predominio y principalidad conseguido en cada una de ellas por alguna de las propiedades ó de las facultades del espíritu del hombre. Si es natural y espontánea en los pueblos juveniles la fantasía, al figurar ó representar

la belleza, no es menos espontánea la razon al penetrar y definir la verdad. En este período espontáneo de la razon, florecen adorables intuiciones, como lo acreditan los sistemas Indios, la moral de los pueblos Orientales, y las escuelas griegas anteriores á Sócrates. Al comenzar esta edad nueva, como que toda la vida renace, cuando aparece una concepcion original de lo Divino, se renovó la vida de la razon en la Europa cristiana, principalmente en la muchedumbre que no recordaba lo que pensaron y escribieron Estóicos ó Alejandorinos. A este período de juventud de la razon en la edad cristiana, es á lo que llamo yo período espontáneo y popular de la filosofía moderna, representado por el ilustre solitario de Mallorca.

En este período la razon del hombre actúa en virtud de procedimientos singularísimos, tales, que resisten al análisis. La verdad innata y virtual, que está en su fondo, se muestra con ocasion de sencillísimas relaciones, que descubre el entendimiento, y al mostrarse, afirma resuelta y soberanamente la existencia de un sér ó una causa, que esplica

el fenómeno que ha escitado la actividad intelectual. Estas afirmaciones propias de la razon en el período primitivo de que me ocupo, no siguen ni obedecen los preceptos dialécticos, que en edades siguientes se escrutan y analizan sutil y delgadamente; pero como la afirmacion está recogida inmediatamente en la conciencia, tiene un superior carácter de evidencia, y como que estas afirmaciones no son mas que la revelacion de la verdad que en nosotros se cumple, ó la vista de la verdad, que en nosotros reside como una luz intensa y permanente que en el seno del espíritu irradia calor y resplandor, son absolutas, generalísimas y sintéticas, y quedan en la ciencia como cimiento indestructible y en la vida como guia y norte segurísimos. Scot-Erígena, San Anselmo y nuestro Lulio son los tres grandes pensadores que de un modo mas original y enérgico espresan estas absolutas afirmaciones de la razon, dentrode las cuales se mueve toda la filosofía de nuestra época. La razon en estos períodos primitivos no puede afirmarse lógica ni psicológicamente. Se afirma absoluta y universal-

mente. Nunca se ve solo el espíritu humano. Nunca se concibe aisladamente, sino que al afirmarse afirma á Dios y afirma al mundo, ó al decir la existencia de Dios, dice la suya y supone necesariamente la del mundo como complemento de la de Dios y de la suya.

Como que los límites de la demostracion no son ni con mucho los límites de la Ciencia; como que las relaciones entre el método inductivo y el silogístico tocan en la identidad en este período primitivo de la razon humana, y el razonamiento en el mismo período implica, como en todos, el juicio y la nocion, estableciéndose así una unidad estrecha é indivisible entre lo que hoy se llama Lógica formal y Lógica real y entre lo que hoy se estudia bajo la denominacion de Operaciones del entendimiento, con distingos y apartes muy marcados, no es llano describir como actua la razon humana en aquellos preciosos instantes de su vida espontánea y primitiva; pero basta parar mientes en los autores antes citados, para comprender la evidencia de la certidumbre con que afirman todas sus pro-

posiciones, y para esplicar por que procedimientos sintéticos, las nociones de ser ó de sustancia, de esencia ó de propiedad conviertense en formas científicas del conocimiento, originando definiciones y demostraciones, y construyendo por último un sistema general en el que todo lo inteligible se representa y figura, como parte viva, de un todo sobrenatural y divino.

A las escuelas críticas toca en dias posteriores el rehacer este edificio, mas parecido al ordenamiento poético de una obra artística, que á la laboriosa indagacion y reconocimiento de la verdad; pero á este trabajo de edades posteriores que se cumple con la colaboracion de las facultades reflexivas, sucede la edad augusta de la razon, y entonces las primitivas intuiciones demarcan, la magnitud y la grandeza de todas las ideas, y revelan su eficacia, declarando toda la extension de los dominios de la ciencia humana. Cuando hoy fijamos la vista en los escritores de los últimos dias, que se han ocupado de definir intrínsecamente la nocion de Dios y de hablarnos de sus atributos y perfecciones, no sorprende,

sabida la ley anterior, que Mamiani (1) repita los argumentos capitales y repita las nociones sabidas desde que las popularizaron Scot-Erígena, San Anselmo y Lulio.—«Dios es Unidad sustancial de un infinito de infinitas »perfecciones.—Lo infinito es aquello de lo »cual nada puede ser negado y respecto á lo »que todo debe afirmarse, excepto lo que implica negacion»—En estas afirmaciones, encuentra el ilustre pensador italiano la base y fundamento de toda su teología natural, y aquellas afirmaciones regocijarian hoy á Lulio, por ver rejuvenecida su inspiracion en las aplaudidas páginas de uno de los mas famosos metafísicos de la edad presente.

Si en todo esto, el espíritu de nuestros tiempos, tocado de desconfianza y de escepticismo, encuentra una imposicion de la Fé en la ciencia, recuérdese que hicieron bien los que como Lulio aceptaron la Fé como elemento preciso para toda indagacion filosófica. La Fé, como el saber, declaran hoy pensadores tenidos por racionalistas exalta-

(1) Confessioni di un metafísico per Terencio Mamiani. Volúme primo (pág. 386 y siguientes):

dos (1), es una relacion de union esencial de que cree, con lo creido, y añaden que crece al compás del sabér, y afirman que en todo espíritu finito, por elevada que pueda ser su cultura, la Fé tanto como el saber, ó más que el saber decide y afirma en todo conocimiento. Como manifestacion de la voluntad que quiere creer; como prosecucion y práctica que origina la devocion en la vida de las ideas; como certeza y seguridad en una verdad, en vista de su fundamento, la Fé tiene verdaderos carácteres científicos, si se la consigue despojar de las falsas vestiduras en que la atavió el escepticismo teológico de los pasados y del presente siglo. Lulio y su escuela, entendieron la Fé de modo semejante y análogo al que hoy declaran los pensadores citados. Y es este un nuevo testimonio de que al conocimiento y al amor de Dios no se va por la via del entendimiento tan solo, ni basta seguir una laberíntica cadena de silogismos para amarlo y conocerlo Es preciso que alma y vida, razon y voluntad se ayuden y conforten, para que no

(1) Krause, Leonhardi, Tiberghien.

tenga término, y por lo tanto cumple su santo y religioso fin, el eterno ascenso de lo finito á lo infinito, del hombre á Dios.

Si consiste ó no la historia de la Filosofia en convertir las intuiciones de la edad primera en conocimientos ciertos y evidentes; si de esta manera se unen y enlazan la edad primera con la edad última, el conocimiento intuitivo con el racional, hasta que una idea Divina sc complete y represente en todas sus fases en la razon del hombre y origine como una facultad nueva ó un elevado sentido teológico en nuestra especie, son puntos, que si no esplano, por no ser esta ocasion, los tengo yo por evidentes y axiomáticos. La Teología popular del siglo XIII que Lulio espone; es el supuesto de la Teología racional hoy enseñada por las escuelas Teistas y espiritualistas de la Europa docta. Seis siglos de labor constante y de meditacion asídua, han sido precisos para que la ciencia, razone y acepte el testimonio de la conciencia humana que siente á Dios en su seno.

Si para la educacion filosófica de nuestro

pueblo es ó no camino mas llano y fácil, el de exponer á Lulio interpretándolo latisímamente en el sentido moderno, que el importar enseñanzas estranjeras, muy propias de sajones ó germanos; pero antipáticas al genio de nuestra raza, y á la índole de nuestra inspiracion y de nuestra historia; es tesis, que hoy no resuelvo, pero que confieso me solicita con energía, quízá por el vivo deseo que me anima, de que no se borre el sello individual, que presta tíntas tan originales á nuestro arte á nuestra ciencia, y á nuestra religion.

En lo político como en lo científico las nacionalidades, constituyen un organismo, necesario, para que la verdad se produzca en el trascurso de una edad, bajo todas sus fases y en todas sus maneras. ¿No se atenta á esta ley histórica, cediendo al deseo de copiar y reproducir lo extraño, sin consultar lo propio? ¿No es preferible renovar y rejuvenecer, que comentar, cuando el fin se alcanza mejor de aquella manera?

FIN.

ÍNDICE ANALÍTICO.


3 2044 014 728 687

